

BOLSILLOS BALCÓN
PUNTO
ROJO

LA LARGA Y OSCURA NOCHE

Curtis Garland



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.455 - Horas de terror.

En Colección **PUNTO ROJO:**

848 - Brigada de narcóticos.

En Colección **LA HUELLA:**

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LA LARGA Y OSCURA NOCHE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 854
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 24.5-86 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1978

© Curtis Garland - 1978

texto

© Desilo - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

La nevada se estaba intensificando. El frío, también.

A pesar de funcionar la calefacción del automóvil a la perfección, Mark Keegan notó frío. Sus manos, aun protegidas por los guantes de conducir, empezaban a estar algo ateridas. Eso resultaba inquietante, teniendo en cuenta que tenía ante sí un prolongado viaje, antes de llegar a su destino.

Y ni siquiera tenía la esperanza de encontrar un buen motel o un lugar donde detenerse a pasar la noche. Había elegido una carretera poco frecuentada, los lugares habitados quedaban a bastante distancia de la cinta de asfalto, y la altura de la nieve impedía que pudiese desplazarse por su propio pie a campo traviesa, en un paraje que él desconocía por completo, y donde cualquier zanja u hondonada disimulada bajo el blanco manto, podía precipitarle a una muerte cierta, bien por causa de un mal golpe, bien por congelación.

La idea no fue muy de su gusto. Realmente, la noche no se presentaba en exceso acogedora para un viajero en solitario. La mayor parte de la gente había preferido sin duda demorar sus desplazamientos, por miedo a que la nieve les pudiera bloquear los caminos en plena marcha. Pero él tenía algo que hacer, y no quería esperar. No era hombre de mucha paciencia, sobre todo cuando precisaba hacer algo en un determinado momento.

Éste era su caso actual, y por ello se había arriesgado a viajar. Después, sus temores se habían ido confirmando. La nieve no sólo continuó cayendo durante el trayecto, sino que se había ido haciendo más y más densa, hasta el punto de ir creciendo su nivel, invadiendo caminos y senderos y dificultando la marcha considerablemente. Según la radio, ya eran muchas las zonas donde el frío y las nevadas habían llegado a hacer intransitables las zonas, bloqueando vehículos y causando aludes que incluso ofrecían la

posibilidad de víctimas.

No quiso pensar en todo ello. Mark Keegan no era hombre miedoso ni aprensivo. No quería tampoco ser pesimista. Las cosas tenían que estar realmente feas, para que él llegara a desanimarse.

Lo malo es que, aunque se resistía a reconocerlo, las cosas sí empezaban a ponerse ahora feas para él. Sobre todo, si la nevada no disminuía en breve... y si no aparecía en su camino a través de aquella zona de bosques y de amplios campos un lugar donde detenerse a pasar la noche.

La marcha del automóvil se iba reduciendo paulatinamente. El frío aumentaba en el exterior y, bajo los copos que descendían implacables del oscuro cielo, el hielo empezaba a formar una dura costra sumamente peligrosa.

La radio emitía música bailable. Trató de distraer su imaginación concentrándose exclusivamente en la ruta y en esa música. Pero no era tarea fácil, ciertamente. Empezaba a sentirse preocupado.

De súbito, incluso la música cesó. La voz de un locutor empezó a dar el boletín de noticias. Se refirió, naturalmente, a las grandes nevadas y al intenso frío. Y también a la ola de atracos y asesinatos de los últimos meses.

Al parecer, una banda de delincuentes juveniles tenía atemorizada a la región con sus agresiones imprevisibles. Se creía que varios de los delitos habían sido cometidos por el mismo *gang*, y se hablaba de sus componentes como de auténticos individuos peligrosos, capaces de matar sin escrúpulos, llegado el caso.

—Es lo que faltaba —gruñó Mark, hablando consigo mismo—. Es una noche de hermosas y agradables noticias...

El coche describió una amplia curva en la llana carretera, y se adentró a través de un frondoso bosque, donde las altas copas de los árboles desprendían trozos de nieve de vez en cuando, con sordo impacto sobre el blanco elemento que alfombraba la zona.

Volvió a emitirse música, y Keegan se echó aliento en las manos, alternándolas en el control del volante. La calefacción empezaba a no servir de mucho, aun con las ventanillas del coche cerradas. El frío debía de ser intensísimo en estos momentos. Miró la esfera luminosa de su reloj.

Las doce y diez de la noche. Muy tarde ya. Estaba perdiendo

demasiado tiempo en un viaje habitualmente mucho más breve. Pero no se podían pedir milagros en las actuales circunstancias. Prefirió seguir rodando con una cierta seguridad, aunque la nieve iba invadiendo ya incluso la cinta asfaltada, y las ruedas empezaban a encontrar serias dificultades en el rodaje.

—Sólo faltaría que me quedase bloqueado en alguna parte —se estremeció ante la idea—. Sería tanto como pegarse un tiro, pero mucho más lento y terrible...

Prefirió no pensar en ello, aunque la idea no se le iba de la cabeza. El automóvil, por lo menos, seguía adelante, aun con dificultades. Ya era algo.

El bosque quedó atrás. Volvía el terreno llano y con alguna que otra arboleda, muchos matorrales y ningún edificio a la vista. Cuando menos, si había alguien allá en la oscuridad, la ausencia de luces le hacía parecer invisible. En las cercanías de la ruta, no vio a nadie.

—De todos modos, tampoco puedo parar el coche y pedir asilo en cualquier casa privada —se dijo, moviendo la cabeza—. Sería una estupidez.

Pero, de repente, sucedió.

El coche hundió sus ruedas en una zona nevada, patinó, y aunque trató con todas sus fuerzas de mantener su control, se le deslizó hacia un lado, golpeó en unos arbustos, siguió hundiendo sus ruedas en la nieve, y finalmente se incrustó en una zanja, quedándose allí con el morro hundido en el blanco elemento.

—¡Maldición! —jadeó el joven pistolero—. Sólo esto faltaba ahora...

Trató de salir de allí. Casi desesperadamente, hizo funcionar una y otra vez el motor a toda potencia, movió el volante en todas direcciones, intentó la marcha atrás, aceleró y redujo velocidad constantemente.

Nada.

Las ruedas, como clavadas en la nieve, ni siquiera se desplazaron una sola pulgada. Por el contrario, a cada movimiento de él al volante, parecían hundirse más y más en el crujiente y blanco elemento.

La idea de quedarse allí, empotrado, sin ser visto por nadie, le aterró. Cuando la calefacción se apagase definitivamente, cuando la

batería se agotase..., ¿qué iba a suceder?

Su propio automóvil sería su tumba. La nieve, su mortaja. El silencio de la campiña solitaria y blanca, su réquiem. No le gustó pensarlo. Pero a veces no hay más remedio que pensar lo que a uno no le gusta, porque eso es precisamente lo que está sucediendo.

Furioso, se aferró al volante, respiró con fuerza, apoyando en él la frente.

—Tengo que hacer algo —musitó—. ¡Tengo que hacer algo!

Sí. Tenía que hacerlo. Cualquier cosa menos dejarse morir. Pero ¿qué?

Tomó alientos. No podía darse por vencido. Probó, una vez más. Forcejeó con el motor. Nada.

Abrió la portezuela. Cuidadosamente, para no hundirse él también en alguna traicionera depresión del terreno cubierta por el manto blanco, salió al exterior. El frío le azotó como un bofetón helado. Era mucho más intenso aún de lo que imaginara en un principio.

Trató de hacer algo diferente. Utilizó herramientas, empujó el coche. O al menos lo intentó. Porque el vehículo no se movía ni una sola pulgada.

Resoplando, agotado por el esfuerzo y aterido por el frío glacial, se detuvo. Sacudió la cabeza. Empezaba a sentirse derrotado. Peligrosamente derrotado.

—Imposible —masculló—. No puede hacerse nada...

Regresó rápidamente al interior del coche. En comparación con la temperatura exterior, era como hundirse en _s grato calorcillo acogedor. Pero era una sensación engañosa. Poco a poco, esa temperatura amable iría cediendo, el frío penetraría como cien cuchillos en el interior... y eso marcaría el principio del fin para él.

Miró a ambos lados de la carretera. Era como soñar fantasías. Nada. Ni un vehículo. Si en toda la noche apenas se había cruzado con ninguno, ¿por qué precisamente ahora había de hallar uno? Seguramente la mayoría de los automovilistas habrían renunciado definitivamente a intentar la peligrosa aventura de viajar aquella noche por el estado.

Y él, precisamente él, había tenido que hacerlo.

Cierto que tenía sus razones para ello. Que había cosas que no podían esperar. Pero esto era peor que ninguna otra cosa. Porque

esto podía ser la muerte cierta.

Exasperado, pulsó la luz de los faros. Los proyectó sobre la nieve donde se hundía lastimosamente el vehículo. La luz reverberó con tal intensidad en el blanco elemento, que casi lo deslumbró.

Cerró los ojos, se puso las manos por pantalla, para ver mejor, y escudriñó el paraje desnudo, solitario, inmensamente blanco, inmensamente hostil ahora.

De repente, su corazón le dio un vuelco. Notó que latían sus sienes con fuerza.

¡Una casa!

Sí. No podía estar equivocado. Era una casa. Algo distante, pero una casa al fin y al cabo. Un edificio aislado, en el llano nevado, junto a una arboleda y unos largos y frondosos matorrales, allá al fondo del paisaje.

Mark respiró con fuerza. Trató de ver mejor, de estar seguro.

—No creo que vea ya espejismos —se dijo—. La cosa no ha llegado tan lejos, supongo...

Miró más detenidamente. Sus ojos, habituados a aquel resplandor blanco y deslumbrante, percibieron con más nitidez las formas.

Una casa, sí. Un edificio de dos plantas, sólido y oscuro. A su lado, parecía haber un anexo, tal vez un garaje o cobertizo. Debía distar de donde él estaba cosa de un tercio de milla. Con terreno normal, eso no era gran cosa. Con aquella horrible noche, con el nivel de nieve que había llegado a alcanzar el suelo, la cosa cambiaba.

—Sea como sea, tengo que llegar allí —se dijo—. Si está deshabitada, forzaré alguna puerta o ventana para entrar. Si hay gente, tendrán que darme cobijo por esta noche. Y tal vez ayuda mañana, para sacar el coche de aquí. Sí. Tengo que intentarlo. Aunque sea arriesgado, no puede haber nada peor que quedarse aquí, a esperar absurdamente la muerte por congelación. No creo que pudiera resistir más de dos horas.

Resueltamente, buscó algo dentro de su coche. Tomó una larga varilla de metal sólida y firme. Podía servirle de bastón para caminar en la nieve e ir tanteando previamente el terreno que pisaba. Luego, de la guantera extrajo un frasco plano que destapó, tomando un trago de *brandy*. Guardó el frasco en su bolsillo, por si

lo necesitaba más tarde.

Sus ojos se clavaron en el otro objeto que había en la guantera.
La pistola.

Plana, negra, pavonada. Una automática calibre 38. Dudó. No sabía qué hacer con ella. Era muy arriesgado llevarla encima. Si llegaba exhausto a la casa, si sus ropas iban empapadas y querían cambiárselas, ¿qué dirían unos apacibles vecinos al ver un arma así en su poder? No se ganaría precisamente su confianza.

No eran pistolas ahora, precisamente, lo que necesitaba para salir del atolladero. Cerró la guantera, luego el coche y aseguró sus puertas con llave. Más tranquilo y decidido, echó a andar, apoyándose en el tubo de hierro para ir tanteando el terreno.

El avance tenía que ser forzosamente lento. La nieve lo dificultaba mucho. Y por otro lado, no podía arriesgarse a caer en alguna zanja oculta por la blanca capa. Hubiera sido suicida.

Una distancia que normalmente podía recorrerse en siete u ocho minutos, requirió al menos tres cuartos de hora. Pero finalmente llegó ante la casa.

La miró, como el que ha naufragado y contempla el barco que viene a recogerle, salvándole del océano y de los tiburones. Sentirse junto a aquel muro de ladrillos, sólido y seguro, tras el cual podía protegerse del frío y de la nieve, era una sensación indescriptible, que jamás esperó llegar a sentir.

La oscuridad seguía siendo intensa, como si no hubiera allí dentro absolutamente nadie, pero eso ya ni siquiera le preocupaba. Estaba decidido a entrar allí, y entraría, fuera como fuese.

Subió los escalones de acceso a la entrada. Pulsó el timbre. Esperó. Transcurrieron unos instantes en absoluto silencio. La impresión de que allí no había nadie, creció de grado. Pero volvió a pulsar el timbre, decidido.

Era posible que la gente de la casa durmiera a aquella hora, y si el sueño era profundo, no sería fácil arrancarle de él y del calor de las sábanas, para bajar a abrir una puerta con semejante noche.

El mismo resultado. Ni la más leve señal de vida tras los muros. Simplemente por apurar ya las cosas, Keegan llamó de nuevo. Pero no esperaba que nadie le abriese, y se dispuso a intentar la entrada por sus propios medios.

Tal vez por eso le sorprendió más aún el repentino chasquido de

la puerta, al abrirse ésta y derramar sobre él un chorro de luz casi cegadora. Asombrado, se enfrentó a una mujer de edad madura, con los cabellos despeinados, envuelta en una bata de gruesa lana y con expresión de sueño en el rostro.

—¿Quién llama a estas horas? —preguntó con sequedad casi agresiva.

Keegan se quedó mirándola, sorprendido. El hecho de que hubiera gente en la casa y hubieran tardado tanto en abrirle, era lo que le extrañaba. Pero no era eso lo que debía hacer ahora, sino exponer su caso.

—Verá, señora... —comenzó—. Lo siento muy de veras. Sé que es una molestia seria, pero mi automóvil se ha salido de la carretera, hundiéndose en la nieve, y estoy solo y sin recursos en medio de la noche. Necesito que me asilen por esta noche. Mi nombre es Mark Keegan, vengo de Chicago cruzando el estado de Iowa, y...

—Lo siento, señor —cortó ella con brusquedad—. Esto no es un hotel ni un parador de carretera. No puedo hacer nada por usted.

Iba a cerrar sin más, cuando Keegan, desesperadamente, trató de razonar:

—¡Espere, señora, por Dios! ¿Se da cuenta de lo que hace? ¡No hay nadie en muchas millas a la redonda, mi coche está inmovilizado y yo estoy sin ropas de abrigo, sin apenas calefacción en el coche! ¡Puedo morir fácilmente por congelación, si me quedo toda la noche fuera! Entiéndalo, es un caso de emergencia, de verdadera necesidad. Si no, no recurriría a usted.

La mujer le miró, vacilando. Keegan notó en sus ojos una vivacidad y tensión extrañas en una persona que acaba de salir de un profundo sueño. La respuesta de ella, sin embargo, heló la sangre en sus venas.

—Lo siento, señor —repitió, implacable—. Ya se lo dije antes. Trate de arreglárselas de otro modo. Yo no puedo acoger extraños en mi casa. Buenas noches.

Y esta vez, cerró de golpe, sin más explicaciones.

CAPÍTULO II

Mark Keegan tardó en reaccionar.

Le parecía sencillamente imposible que ocurriera algo así. Por un elemental principio de humanidad, nadie se negaría a acoger en su casa a un hombre perdido en medio de la nieve, con una noche glacial. Aquella mujer, sin embargo, lo había hecho. Y, salvo una leve vacilación, con mucha firmeza y energía.

Recordó vagamente el boletín de noticias emitido por radio. Habiendo por aquellas regiones una banda de delincuentes, era lógico suponer a los propietarios recelosos poco dados a la hospitalidad. Pero en su caso, era como matar a un hombre a sangre fría. Aquello era inhumano. Ella tema que haberse dado cuenta de su estado, de su expresión, de que él no podía ser uno de los salteadores a que la noticia se refería.

Comprobó que, una vez cerrada la puerta, la luz no se filtraba al exterior. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas.

Vaciló, sin saber qué hacer.

Ni siquiera podía intentar entrar en la casa. Habiendo gente dentro, eso sería un asalto en toda regla. Y hasta era posible que le dieran un tiro con una escopeta o un revólver, terminando así su aventura estúpidamente.

Sin saber por qué, tuvo la sensación de que era observado por alguien. Rápido, deslizó sus ojos hacia arriba, a todo lo ancho y alto de la fachada oscura. Una leve rendija de claridad se filtró por los postigos de una ventana. Inmediatamente de mirar él, esa rendija desapareció totalmente, como si hubieran cerrado con rapidez la contraventana.

Además de exasperado, empezaba a sentirse intrigado por todo aquello. Le negaban la entrada, le vigilaban después... ¿Qué significaba todo eso?

Quizá estuvieran poniéndole a prueba, viendo qué intentaba,

una vez le negaron la entrada en la casa. Como no quedaba mucho por hacer, echó a andar resignadamente, con la desagradable impresión de que, en vez de volver a su coche, lo que hacía era caminar hacia su fosa.

En la casa no hubo reacción alguna. Nadie salió a disculparse y ofrecerle asilo. Sencillamente, le dejaban abandonado a su suerte sin el más leve remordimiento. Sintió una fría ira contra aquella gente. La mujer le había parecido una señora normal, incluso de rostro de expresión apacible y amistosa. Sin embargo, su comportamiento distaba mucho de ser adecuado a tal impresión.

Luego estaba aquella rara luz en sus ojos, aquella especial tensión, aquella breve duda que tuvo, cuando él creía que había logrado persuadirla y sería admitido en la casa...

Intrigado, volvió la cabeza nuevamente. La casa era como un negro, sólido y hermético monstruo que se estuviera burlando sarcásticamente de él y de su triste destino.

Alrededor suyo, la nieve no cesaba de caer. El frío era tremendo.

Mark Keegan era hombre de decisiones súbitas. En este momento, tomó una.

Dio media vuelta. No. No se iría al automóvil, a esperar la muerte. Eso sería lo último que hiciera, habiendo un techo donde guarecerse y una posibilidad de luchar por su vida. Estaba decidido.

En esta ocasión, no se molestó en pulsar el timbre. Estaba seguro de que no le harían el menor caso. O, incluso, podrían asomar a una ventana y largarle una perdigonada.

Se acercó a la casa por el lado del anexo. Entonces se cruzó con un buzón, y en él escrito el nombre de los ocupantes de la casa:

EDWARD WAYNE Y FAMILIA

—Muy bien, señores Wayne... —Silabeó Mark entre dientes, casi con rabia—. De modo que no quisieron ayudarme, ¿eh? Pues yo haré las cosas a mi modo.

Trató de buscar un acceso al interior del anexo. Tarea inútil. La puerta del mismo era mecánica. Y de metal. Se accionaba al llegar con un automóvil y actuar sobre unas células fotoeléctricas. Era un garaje, simplemente. Y no tenía abertura alguna, salvo aquella puerta de entrada, sólida a coda prueba.

De modo que sólo quedaba un lugar accesible: la casa.

—A la casa iré —se dijo Mark, resuelto.

Caminó hacia ella. La fue rodeando, sigilosamente, pegado al muro de ladrillo. Tenía numerosas ventanas, todas herméticamente ajustadas con postigos y contraventanas. Era un edificio relativamente antiguo, sólido y poco estético. Pero muy fuerte y práctico.

Halló lo que buscaba: la puerta posterior, la de servicio.

Era mucho menos sólida que la de la entrada principal, como ocurría siempre en todas las casas. Tenía una vidriera, pero no refuerzos. Estaba cerrada con llave, y no se veía luz. Tras los vidrios, una cortina espesa impedía ver el interior, aunque hubiese estado iluminado.

Se envolvió la mano en el pañuelo, y pegó secamente al vidrio una sola vez. Lo quebró. Los fragmentos cayeron al interior, con leve ruido. Esperó, tenso. Pasaron varios minutos. Empezaba a sentir en los huesos el efecto implacable del frío.

No ocurrió nada en la casa. De modo que el ruido de los vidrios había pasado inadvertido. Mark sonrió, viendo más cerca el éxito. Aventuró su mano a través del hueco de la vidriera. Tanteó, en busca de algo. Lo encontró.

Eran dos pestillos. Tiró de ellos pausadamente, sin producir el menor ruido. Luego, empujó la puerta. Ésta cedió suavemente, con un leve chirrido que le hizo detenerse.

Ante el persistente silencio interior, continuó la tarea. Abrió del todo, y entró con rapidez, procurando saltar para no pisar los vidrios rotos. Luego, cerró con igual cautela, y se quedó respirando en la oscuridad, en lo que parecía un estrecho pasillo. Allí cerca, olía a café y a cocina. Avanzó unos pasos, en la sombra, mientras iba habituando a ella sus ojos. Así, medio vislumbró una cocina a su derecha y una estancia con alacenas y armarios a su izquierda.

Siguió adelante. Ahora que casi podía ver en la oscuridad, captó la existencia de un delgado resquicio de luz en el suelo, allá al fondo.

Otra puerta. Y tras ella, luces. Debía ser el acceso al ala residencial de la casa. Y había gente levantada. Incluso captó un leve murmullo de voces.

Siguió adelante. Escucharía tras la puerta. Luego, buscaría un

refugio en las dependencias que había recorrido, hasta que llegase el nuevo día. Entonces vería la forma de salir del apuro. Pero ahora, con la urgencia de la noche, lo importante era hallar un techo y unas paredes, un lugar más o menos caliente donde protegerse de la nieve, del hielo... y de la muerte.

Pero antes quería estar seguro de la clase de gente que eran los Wayne, de lo que había movido a aquella dama a negarle la más elemental ayuda humana. Luego, obraría en consecuencia. Evidentemente, por el murmullo de voces, podía asegurarse ya de que la mujer no estaba sola. Eso explicaba menos aún su negativa rotunda a impedir una posible tragedia.

Mark se pegó a la puerta. Incluyó la cabeza, tratando de oír algo, pero no era tarea sencilla. Las voces venían de otra habitación, algo alejada de esa puerta, y sólo era audible el sonido de voces, pero no las palabras formuladas.

De repente, algo pareció estallar sobre su cráneo. Tuvo la impresión de que el techo se derrumbaba sobre él, aplastándole, y de que el negro suelo se le venía hacia el rostro, envolviéndola en oscuridad.

La sensación de un intenso, profundo dolor en el cerebro, una miríada de chispazos ante sus ojos, y por fin el vacío absoluto. Ésas fueron sus sensaciones.

Después, no supo más.

—Parece que no lo maté, después de todo. Ya abre los ojos...

Mark Keegan fue abriendo lenta, muy lentamente, sus párpados. La luz le hizo daño, hiriendo sus retinas, y los cerró de nuevo, con un suspiro. Simultáneamente, un trallazo de dolor le llegó de su cabeza.

—El tipo tiene dura la cabeza —oyó la misma voz cercana, burlona y desagradable. Luego, sonó una risita—. Cuando cayó, creí que le había roto el cráneo.

Algo, un gemido de otra persona, le llegó borrosamente al oído. Trató de mirar nuevamente, y esta vez la luz le dañó menos, aunque vio la lámpara colgando sobre su cabeza, proyectando claridad encima de él directamente.

Una sombra larga se interpuso inmediatamente. Descubrió un cabello largo, una barba frondosa y unas ropas azuladas, desvaídas, rematadas en hilachas. Evidentemente, un *jacket* y unos *blue-jeans*.

Una indumentaria tejana muy puesta de moda.

Vio algo más. La mano del individuo, muy próxima a su rostro, empuñaba algo metálico y oscuro que identificó.

Un revólver.

Un revólver de cañón achatado, calibre 38. Notó que el frío cañón del arma era puesto sobre su sien. El tipo, cuyo rostro no veía muy bien, con la excepción de sus greñas y barbas, por estar a contraluz, preguntó con una indiferencia escalofriante:

—¿Le vuelo los sesos?

—No —sonó otra voz agria—. Espera. Primero hemos de saber de quién se trata y por qué entró aquí.

—No me gusta tener a más gente que vigilar, Burt —rezongó el barbudo.

—Cállate. Quien cuida de seis, cuida de siete. Deja que vea a ese tipo.

Mark Keegan ya podía ver con cierta claridad. Aunque fuese a costa de sentir unos agudos dolores en toda su cabeza, cada vez que concentraba la mirada en un punto. Cuando intentó moverse, sintió un trallazo de dolor en la nuca y en el occipital. Y además, el tipo aquel casi barrenó su sien con el revólver.

—¿Quién te ha autorizado a moverte? —Silabeó—. ¿Quieres que te haga pedazos esa dura cabeza que tienes, imbécil?

—Calla y deja que hable con él —cortó la otra voz fríamente.

Entró en su campo visual, forzosamente reducido por su postura —obviamente lo tenían tendido encima de algún mueble, seguramente un sofá—, el nuevo personaje, el de la voz autoritaria.

Lucía una chaqueta de cuero negro, con cremallera, y pantalón gris muy ceñido. Tenía el pelo largo, pero no lucía barba alguna. Era un rostro flaco y afilado. Y muy joven. También llevaba un arma, pero metida entre el pantalón y la camisa. Otro revólver. De cañón largo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mark... Mark Keegan —dijo roncamente.

—Eso ya lo sé. He visto tus documentos de identificación.

—Entonces, ya saben quién soy.

—Sólo sabemos que vives en Chicago. Y que eres agente de seguros.

—Es todo. Me dirigía a Sioux City, donde tengo que hacerme

cargo de una nueva agencia de nuestra empresa, como inspector general de zona. Debía llegar mañana a mediodía. La nevada me retrasó. Aun así, esperaba llegar antes del anochecer de mañana. Ahora, no sé...

—Ahora, tal vez no llegues nunca —rió el barbudo.

—Tus documentos podrían ser falsos —dijo el de la chaqueta de cuero, mirando a Keegan fríamente.

—¿Falsos? ¿Por qué?

—Y tú podrías ser un policía.

—¿Por qué un policía?

—Han enviado algunos a esta región. Evidentemente, somos lo bastante importantes como para que nos busquen.

Keegan, aun en medio de su aturdimiento, creyó entender. Aquellos jóvenes debían formar parte del *gang* de delincuentes que mencionara la radio. No cabía otra explicación. Su actitud era provocativa y violenta. Seguro que no dudarían en matar.

—Eso es ridículo —protestó Mark—. En mi vida tuve tratos con policía alguno. Soy lo que dicen mis papeles, y nada más.

—¿Por qué has entrado entonces en la casa tan sigilosamente?

—No podía hacerlo de otro modo. Corría el peligro de congelación, y la señora de este edificio me negó el asilo.

—No tenía otro remedio —rió el de la barba—. Estaba hablando con mi revólver muy cerca de ella, detrás de la puerta. Creímos que te largarías. Has hecho una estupidez quedándote aquí.

—Mayor hubiera sido marcharme —suspiró Mark—. Era la muerte por congelación.

—Y ésta será tu muerte de un balazo.

—Mejor. Es más rápida.

—¿De veras? —El barbudo amartilló su revólver con sádica complacencia. Tiró atrás el percutor. Ahora le bastaba otra leve presión para volarle el cráneo en pedazos. Mark ni siquiera pestañeó—. ¿Qué tal si aprieto el gatillo, amigo?

—Si has de hacerlo, ¿qué más da ahora que luego?

Le miraba fijamente. El llamado Burt, el de la chaqueta de cuero, habló secamente, con un gesto.

—Déjalo, Vince —habló a su compinche—. Aparta ese juguete de su cabeza. Se te podría disparar por accidente.

—¿Es que no piensas liquidarlo, Burt?

—No. De momento, no. El tipo tiene agallas. Me gusta la gente con agallas. Deja que viva... por ahora. No nos causará problemas, estoy seguro. Y si llegara a causarlos, peor para él.

—Aun así, no me gusta. Jerry y Bill están cuidando de la familia y el servicio. Con éste, son demasiados ya...

—Deja que haga las cosas a mi modo. Y cuida de Jerry muy estrechamente.

—¿A qué te refieres?

—A una de las chicas. Parece que la mira demasiado. No quiero jaleos. Ya sabes cómo es. En cuanto te descuidas, las persigue y consigue lo que quiere... como sea. No estamos aquí para eso, ¿entendido?

—Claro, Burt. Lo que tú digas. ¿Llevamos al tipo con los demás?

—Sí, será lo mejor —el de la chaqueta de cuero miró fijamente a Keegan y le avisó con sequedad—: Cuidado con lo que haces, amigo. Ya oíste a Vince. Si te dejo en sus manos, eres hombre muerto. Si te portas bien, puede que salves el pellejo. En marcha. Vas a conocer a tus compañeros de cautiverio.

Mark se incorporó. Todo le dio vueltas, pero se mantuvo erguido, aferrándose al sofá donde había estado tendido. Bajo la amenaza del arma de Vince, caminó hacia una puerta que ellos le señalaron. Su paso era tambaleante, incierto. Se iba apoyando en las paredes, y notaba aquel terrible dolor en su cabeza. Sabía que sus cabellos estaban adheridos por algo pegajoso, en su occipital. Sangre, sin duda alguna.

Paso a paso, avanzó hacia la estancia vecina, también con todas las luces encendidas. Y con las ventanas herméticamente cerradas.

Resultó ser un amplio *living*, con una chimenea sin encender, ya que toda la casa tenía calefacción eléctrica, y la temperatura era muy agradable.

Mark conoció entonces a los otros jóvenes asaltantes. Los llamados Jerry y Bill. Uno empuñaba un potente rifle y llevaba una pistola al cinto. El otro, sostenía en sus manos una enorme automática calibre 45. Aquel arsenal, sin duda, debía ser también producto del robo a alguna armería. Eran todas ellas armas nuevas y de calidad. Keegan entendía de eso.

—¿Todo bien, Jerry? —indagó Burt.

—Sin novedad —asintió el que llevaba rifle y lucía un suéter

grueso, de lana verde, con pantalones de pana. El cuello de la prenda era alto y le cubría el largo cuello flaco. Como todos sus compañeros, con excepción del cuarto, el que sin duda se llamaba Bill, llevaba largas melenas, muy rizosas.

Bill, el del pistolón, se cubría con un anorak rojo, de plástico, y debajo un suéter oscuro. Llevaba tejanos negros, con un adhesivo pegado en su trasero. En contraste con sus compinches, tenía el cráneo totalmente rapado, aunque lucía un bigote caído, de largas guías.

Keegan observó también que el llamado Jerry, el del suéter verde, por el color de su pelo rizado y negro, y el tono de su voz, debía ser de origen latino, si bien no supo definir cuál exactamente.

Lo que más le interesaba ahora a Keegan eran los rehenes que se hallaban en poder del cuarteto de delincuentes armados.

A uno de ellos ya lo conocía: era la mujer que abriera la puerta para negarse a admitirle. Ahora ya no sintió rencor hacia ella. Su mirada, al cruzarse, era de mutua simpatía. Ella había actuado bajo la amenaza de un revólver.

Había también un hombre de edad madura, quizá unos pocos años mayor que ella, no muchos, de cabello canoso y rostro agradable, curtido y enérgico. Eran las únicas personas de edad del grupo. Con ellas dos, tres jóvenes de ambos sexos, una muchacha mulata, de piel bastante oscura y pelo afro, con aspecto de sirvienta, y un hombre de unos treinta y tantos años, al que le faltaba un brazo, el izquierdo, justamente hasta el codo. También vestía humildemente, como si fuese un servidor.

—Señores, aquí tienen a su nuevo compañero —anunció secamente Burt, señalando a Mark con ademán irónico—. Como ven, somos gente civilizada y no hemos hecho demasiado daño a su obstinado amigo, señora.

La dama de mediana edad suspiró, moviendo la cabeza.

—No debió venir —le dijo a Mark—. ¿Por qué no se fue? Hubiera querido avisarle entonces, pero me era imposible...

—Señora, entre morir congelado y recibir un balazo, prefiero esto último —sonrió Mark serenamente—. Es más rápido y piadoso.

—Como ven, el tipo tiene valor y sangre fría —apuntó Burt, encogiéndose de hombros—. Vamos, reúnete con ellos, Keegan. Formarás parte del grupo familiar, hasta que veamos lo que

hacemos con vosotros.

Keegan, en silencio, caminó hasta reunirse con el grupo que, en pie o sentados en las más diversas posturas, ocupaban todo un ángulo de la sala, bajo la vigilancia constante de las armas de los jóvenes.

Fue mirando a los presentes, uno por uno. Los jóvenes tenían todos el mismo aire familiar. El chico era castaño de cabellos, como una de las chicas. La otra era bastante más rubia, pero la semejanza física era notable. Ninguno de ellos sobrepasaría los veintitrés años. Y se llevaban muy poco entre sí.

—Son nuestros hijos —explicó el hombre de cabello canoso—. Robert, aunque todos le llamamos Bob, Cindy y Susan.

—Hola, amigo —saludó tristemente Bob Wayne.

—Yo soy Cindy —explicó la muchacha de pelo castaño.

—Lamento las circunstancias en que nos conocemos —añadió Susan, con amargura.

—Los demás son nuestros sirvientes —añadió el dueño de la casa—. Dianna, que cocina y hace las tareas de la casa, y Charles, que sufrió un accidente sirviéndonos a nosotros, y aquí sigue, ayudando mucho pese a su mutilación.

Los dos hicieron un gesto de circunstancias. El hombre completó, tendiendo su mano abierta a Mark:

—Yo soy Edward Wayne, y ella es Stella, mi esposa. No puedo decirle que sea bienvenido. Sólo puedo añadir que me hubiera gustado que llegase usted en otra ocasión.

—Sí, a mí también —admitió Mark, estrechando la mano del dueño de la casa—. Pero eso ya no tiene remedio, señor Wayne. Yo soy Mark Keegan, de Chicago. Soy agente de seguros y me dirigía a Sioux City a cubrir una plaza de inspector. Tal vez ya nunca la cubra.

—¿Has oído, Vince? —rió el del anorak y el cráneo rapado, el llamado Bill—. Parece una fiesta de sociedad. Presentaciones y todo...

—Sí, la gente de dinero es así —se mofó su compañero Jerry—. Viven siempre haciendo ceremonias y reverencias. Pero pronto cambiará el mundo, y la basura como ellos dejará de molestar...

—Olvida tus ideas políticas, Jerry —le cortó duramente Burt—. Aquí no hemos venido a poner bombas, sino a sacar dinero.

—¿Y qué hemos logrado, maldita sea? —Se enfureció Jerry—. ¡Quedarnos bloqueados por la nieve, con toda la familia de rehenes, y con muy poco dinero de botín!

—No seas idiota. ¿Por qué seguimos aquí, aparte la nieve que nos rodea? Eso me dio la idea, y la vamos a llevar a la práctica por la mañana temprano. Para eso nos ha firmado el cheque el señor Wayne... En cuanto uno de nosotros cobre el dinero en el Banco de Masón City, nos largaremos de aquí rápidamente. Pero si nos fuéramos ahora con el cheque, al señor Wayne no le costaría nada anularlo previamente, y disponiendo una buena trampa para cazar en el Banco a quien pretendiera cobrarlo. De modo que ten paciencia y aguanta aquí toda la noche. Como todos haremos. El botín, valdrá la pena.

—Aún no he visto más que un papel con unas cifras y una firma —rezongó Jerry—. No creo en las cosas del sistema. No me gustan los Bancos ni los cheques, sino el dinero contante y sonante.

—Eres un imbécil con la cabeza llena de política y de sexo —se irritó Bill—. El dinero también forma parte del «sistema», como tú dices. Y es bien agradable.

—Si vuelves a insultarme te voy a...

—¡Ya basta! —aulló Burt, imponiendo orden—. No quiero peleas, ¿entendido? Tú, Jerry, calla de una vez. Tus ideas descabelladas y tu obsesión por las mujeres me tienen sin cuidado, siempre que no compliques las cosas con ellas. Ahora, lo que se trata es de aguardar del mejor modo posible a que se haga de día y uno de nosotros pueda ir a cobrar al Banco, apenas abran. De modo que callaos todos. O poned la radio, para distraernos. Nada de peleas ni discusiones.

Refunfuñando, Jerry se fue a un rincón y descargó su ira pegando un patadón a un mueble. Éste se astilló, ante la mirada angustiada de la señora Wayne.

Mientras tanto, el barbudo Vince giró el dial de un aparato de radio, y una música suave invadió la sala. El tipo movió su flaco cuerpo envuelto en las prendas tejanas, siguiendo el ritmo.

—¿Le han exigido mucho dinero? —musitó Mark, volviéndose a Edward Wayne.

—Todo —se lamentó él—. Absolutamente todo, hasta el último centavo de mi cuenta. Tenía el saldo en el talonario de cheques, y lo

vieron. Me hicieron extender una cantidad virtualmente igual. Sólo quedará lo justo para mantener abierta la cuenta. Se llevarán once mil setecientos dólares.

—No te lamentes. Si es sólo eso lo que perdemos, podemos darnos por contentos —dijo en voz baja, con disimulo, la señora Wayne—. Por fortuna, no hallaron el talonario de mi propia cuenta. Eso sí hubiera sido un verdadero desastre. Nuestra ruina total, Edward.

—No hables de ello —susurró Wayne, también disimulando—. Que no tengan la más leve sospecha, querida.

Keegan, para que no recelaran nada al verles hablar, se dirigió al joven Wayne. Era un muchacho alto, esbelto y simpático, de fácil sonrisa. Ahora tenía un gesto tenso y malhumorado.

—¿Cómo sucedió? —quiso saber Keegan, sin importarle que le oyesen los asaltantes.

—¿La invasión de esos salvajes? —El joven Bob Wayne se encogió de hombros—. Imprevisible. ¿Quién podía imaginarse algo así? Hicieron como usted: llamar a la puerta. Dijeron traer a un hombre herido. Incluso le habían puesto unas vendas con mercurocromo. Lo creímos, y dimos entrada a dos de ellos, el supuesto herido y que llamaba. Apenas estuvieron dentro, nos encañonaron, haciendo pasar a los otros. Les resultó muy sencillo. Nosotros no podíamos sospechar.

—Entiendo. ¿Son los delincuentes que buscan en esta región?

—Suponemos que sí. Hay tantos ahora de la misma calaña... —se lamentó el muchacho—. Creen de verdad que la sociedad les niega todo, cuando son ellos los que se marginan, holgazaneando, robando y matando...

—¡Eh, tú, señoritingo! —Se engalló vivamente Jerry, que había oído esas palabras. Y asestó su rifle sobre el joven Wayne—. Repite esas palabras y te convierto en una criba, maldito burgués. Es fácil hablar, teniendo dinero, mimos, caprichos y todo eso...

—Deje a mi hijo en paz —cortó la señora Wayne, seca—. El no sólo tiene una familia acomodada. Estudia, trabaja haciendo traducciones para un editor, y así se costea sus gastos y sus propios estudios. Nadie le regala nada ni le cae del cielo. Sencillamente, sabe trabajar y luchar, para no ser un haragán toda su vida... o algo peor.

—Señora, usted no abuse de su sexo y de su edad —silabeó Jerry, girando el rifle hacia ella—. No me gusta ninguno de ustedes. Me da igual disparar contra uno, que acribillarles a todos, ¿entendido?

—Sí, es lo que se puede esperar de un ser como usted —ahora era Mark Keegan el que hablaba, agresivo.

Rápido, el tal Jerry se volvió hacia él y, sin vacilar, apretó el gatillo de su rifle, disparando sobre Keegan.

CAPÍTULO III

La potente detonación del arma retumbó en toda la casa.

Las dos muchachas lanzaron un grito, la doncella de color se cubrió el rostro con manos crispadas, y la señora Wayne se tambaleó, teniendo que sostenerla su marido.

—¡Imbécil! —aulló Burt, lanzándose como un poseso sobre Jerry—. ¿Qué maldita estupidez acabas de hacer? ¿No comprendes que ese disparo ha podido oírse a mucha distancia y atraer aquí a la gente, e incluso a la policía? ¡Repite eso, y te haré pedazos!

Mark Keegan respiró con calma. Giró la cabeza, contemplando pensativo la bala clavada en el muro, tras él. Había percibido el zumbido del proyectil cuando le rozó. Un momento antes, creyó que allí terminaba todo.

—Si hubiera querido matarle, lo hubiera hecho —dijo Jerry ásperamente—. Lo que pretendía era darle un escarmiento a ese entrometido del diablo...

—Me tiene sin cuidado lo que pretendieses —replicó su compinche—. Lo que no quiero, son disparos. A menos que exista una razón de peso para usar las armas, os mantendréis todos bien quietos. Si uno de ellos intenta algo, se le mata y en paz. Pero nada más. No quiero juegos ni exhibiciones.

—Burt tiene razón —apoyó Bill, atusándose los largos bigotes lacios—. Lo que has hecho es una tontería, Jerry.

—¡Iros al diablo! —masculló el aludido, volviendo a su rincón de antes.

Se hizo un silencio profundo en el salón, exceptuando la música de fondo de la radio. Una de las jóvenes se acercó a Mark, curiosa.

—¿Tiene usted familia? —preguntó.

—No. —Mark miró a la muchacha. Era la rubia Susan. Sonrió—. Vivo solo. Nadie va a llorarme si me matan. ¿Es eso lo que estaba pensando?

—Sí —murmuró ella—. Nosotros somos una familia muy unida. Si algo nos pasara a alguno... sería terrible. ¿Por qué ha tenido que caernos precisamente a nosotros esta maldición?

—El destino es algo muy especial. Ya ve mi caso: si no nieva, si no caigo en aquella zanja con mi coche, ahora no estaría aquí. Cada uno tenemos fijado un camino al que, inexorablemente, nos empujan. No sirve de nada nuestra voluntad. Como máximo, podemos poner de nuestra parte para que si nuestro destino no ha de ser el peor, se cumpla. Pero si estamos predestinados al desastre, difícilmente escaparemos a él.

—¿Qué cree que puede ocurrir aquí esta noche?

—No lo sé, señorita Wayne. No estoy en la mente de esos jóvenes. Ni siquiera sé cómo reaccionarán a medida que pasen las horas y los nervios se vayan poniendo tensos con la espera. Lo que sí sé, es que son peligrosos. Un sádico, un terrorista con obsesiones sexuales, un ambicioso astuto y cruel, un indiferente que hará lo que le digan... Cuatro riesgos constantes. Es demasiado.

—Si Harry Duncan llegara a saberlo, a sospechar algo... —suspiró ella.

—¿Harry Duncan? ¿Quién es?

—El *sheriff* local. Acostumbra a patrullar con frecuencia desde que empezaron los asaltos de los delincuentes juveniles. Pero con esta nevada, no hay muchas esperanzas esta noche...

—Cierto. Apenas si se puede transitar por las carreteras del condado —asintió Keegan—. No creo que venga por aquí. Y aunque lo hiciera, las cosas no estarían mucho mejor. Esos tipos son capaces de abrir fuego sobre quien sea.

—El *sheriff* Duncan no acostumbra nunca a patrullar solo. Le acompaña su ayudante, Paul Marston, o va con los patrulleros. Siempre que viene, entra en casa. Si llamase y saliera alguien a decirle que no puede entrar o algo parecido, sospecharía en seguida. Y obraría en consecuencia.

—Tiene mucha fe en él. Ojalá todo salga bien, si llega la ocasión, señorita Wayne. Pero no se haga demasiadas esperanzas.

—Tal vez tenga razón... —Le miró la cabeza, preocupada—. Tiene mucha sangre seca en sus cabellos. Podría lavárselos, ponerse algún cicatrizante... ¿Quiere que se lo haga yo?

—No, gracias. Aguantaré bien así. Además, ellos no la dejarían.

—¿No? Veremos.

Y muy decidida, Susan Wayne se enfrentó a Burt, diciéndole con firmeza:

—Escuche: quiero lavar la herida de la cabeza de este hombre y ponerle un antiséptico. ¿Puedo hacerlo?

—No, no puede —cortó Burt, seco.

—Es preciso que lo haga. En el cuarto de baño de aquí abajo hay un botiquín...

—No —repitió Burt—. Nadie puede quedar sin vigilancia.

—Eso tiene fácil arreglo —insistió Susan obstinadamente—. Que uno de ustedes nos acompañe. Después de todo, no voy a desnudarme para limpiar una herida.

—Está bien —rezongó Burt, irritado—. Vaya al baño con él. Tú, Bill, acompáñalos. Y dispara a matar si intentan alguna tontería.

—Sí, Burt —el del anorak rojo se pasó la mano por su rapado cráneo, y echó a andar hacia ellos, tomando el pistolón en sus dedos—. Vamos. Y ya oyeron. Nada de trucos.

—¿Vas a dejarles ir al baño? —se excitó Vince, mirando a su compinche por encima de las frondosas barbas rojizas que invadían su rostro suciamente.

—¿Por qué no? Si alguien aquí tiene una necesidad apremiante, también tiene que ir. No van a ensuciar las habitaciones. Quienquiera que sea, tendrá que ir acompañado.

—Cuando les toque a las chicas, yo las acompañaré —rió Jerry, brillándole los ojos—. Incluso la negrita. Me gustan todas, Burt.

—Vete al infierno —gruñó éste, mirándole con fría ira.

Keegan y la muchacha ya caminaban hacia un cercano cuarto de aseo, cuya luz dio el propio Bill, manteniendo su arma fija en ellos dos. Les indicó con un gesto que pasaran, y él se situó a sus espaldas, vigilándoles a través del espejo del lavabo.

Susan hizo inclinar la cabeza de Mark sobre la pila, y comenzó a lavarle suavemente con agua la herida. El notó un vivo dolor, pero se contuvo. Luego, la propia dulzura de los dedos de la muchacha, le resultaron el mejor de los sedantes.

Al terminar su tarea inicial, la joven se volvió hacia su vigilante.

—Necesito dos cosas de ese botiquín —señaló un pequeño armario blanco, adosado al muro de baldosas—. Agua oxigenada y mercurocromo, por favor.

—Yo se lo daré —dijo Bill, sin dejar de vigilarle, arma en mano.

Abrió el botiquín y, con una mano, eligió un frasco de agua oxigenada, y otro de mercurocromo, tendiendo ambos a la joven. Susan le dio las gracias, y procedió a limpiar cuidadosamente el profundo corte en el cuero cabelludo de Keegan, para finalmente aplicarle mercurocromo, una vez seca la herida, y cubriendo todo con un apósito que pidió del mismo botiquín.

—Ya está —suspiró—. Es lo mejor que pude hacer.

—Es más que suficiente, gracias —sonrió Mark, mirándola por el espejo—. Me siento mucho mejor.

—Vamos, vuelvan a la sala —ordenó Bill, agitando su mano armada—. Aquí ya no hacemos nada.

Regresaron en silencio. Burt miró a Bill, que hizo un gesto expresivo de que no había habido problemas. La pareja se reintegró al grupo de rehenes. Los ojos de Jerry siguieron la atractiva figura de Susan con una expresión soez, como si la desnudara con la vista.

—El tipo se ve que gusta a las chicas —rió de pronto el barbudo Vince, señalando a Keegan—. Aprende, Jerry. Ése no necesita obligarlas. Se le entregan de buen grado.

Mark encajó las mandíbulas, dispuesto a replicar. Rápida, Susan oprimió su brazo, rogándole calma con los ojos.

—No diga nada —murmuró—. Empiezan a ponerse nerviosos, y son más peligrosos aún. Buscan algo para desahogarse.

—Maldito hijo de puta —silabeó Jerry, irguiéndose con ojos llameantes—. Vuelve a decir algo así y te rompo la crisma. Las fulanas de su clase buscan siempre a los tíos bien vestidos y con estudios, los que llevan corbata y todo eso. A mí se me rifan las rameras, pero ésas no me gustan. Prefiero coger a una de esas damiselas que me miran con desprecio, y hacerlas sentir lo macho que soy...

Burt levantó la cabeza, malhumorado. Iba a decirle algo a su compinche, para que cesara la conversación, cuando algo sucedió, petrificando a todos los presentes, tanto a rehenes como a captores.

Fuera, se oyó el motor de un vehículo, luego el sonido de un claxon, y una voz potente retumbó en la noche:

—¡Eh, ustedes! ¡Edward Wayne! ¡Soy yo, el *sheriff* Duncan! ¡Abra, pronto! Es un caso urgente...

Con repentino horror, los rehenes miraron a sus captores que se

habían puesto en, pie, encañonando con sus armas a los cautivos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —Silabeó Bill, mirando a Burt con angustia.

Hubo un profundo silencio en el *living*. Fuera, volvió a sonar el claxon. Y el *sheriff* insistió, esta vez pulsando el timbre repetidas veces:

—¡Vamos, abra uno de ustedes! ¡Soy Harry Duncan! Es una emergencia, pronto...

—Maldita sea... —Silabeó Burt, mirando colérico a Jerry—. Eso fue tu disparo de antes. Debieron oírlo... o alguien les informó de ello.

—Hay que hacer algo —señaló Vince mirando nervioso hacia el vestíbulo.

—Sí, claro —afirmó Burt—. Usted, señora Wayne... No, usted no. Ahora, no. Mejor usted, señor Wayne.

—¿Yo? ¿Qué debo hacer?

—Abrir al *sheriff*.

—¿Y...?

—Y decirle que no puede entrar, que usted está enfermo, o algo así. O lo está su esposa. Piense algo, y convincente. Yo le estaré cubriendo con mi arma. Y mis compañeros a su familia. En cuanto diga algo que no me guste, dispararé. Pero también lo harán ellos. No sólo morirá usted, sino también su esposa, sus hijos...

El timbre sonó insistentemente con tres timbrazos rápidos. Una mano recia golpeó sin contemplaciones la madera de puerta.

—¿Abre o no, Wayne? —retumbó el vozarrón del *sheriff*—. ¡Vamos, que urge!

—Conteste —silabeó Burt, metiendo su revólver en el vientre del dueño de la casa.

Edward Wayne carraspeó, elevando la voz lo suficiente para avisar:

—¡Ya voy, ya voy, *sheriff*! Un momento...

—Andando —le señaló el vestíbulo—. Vamos ya.

Susan miró a Keegan, con temor pero con esperanza. Éste recordó lo que ella dijera antes: si Duncan no era recibido dentro de la casa, entraría rápidamente en sospechas de que algo anormal sucedía.

Pero evidentemente, también Burt pensó en eso. La decepción

para Susan fue tremenda.

—Un momento, señor Wayne —indicó al dueño de la casa—. Eso podría hacer sospechar al *sheriff*, si es amigo suyo. Como de toda la vecindad.

—¿Qué hago, entonces?

—Abrir, por supuesto. Pero haga entrar al *sheriff* en su casa.

—¿Qué dices? —aulló Jerry.

—Dejadme a mí. Usted abrirá. Y atenderá normalmente a su visitante. No le haga sentir la más leve sospecha. Yo estaré tras aquel cortinaje del vestíbulo, cerca de usted, encañonándole. Pero recuerde que serán sus hijos y su esposa los que más peligren. Apenas diga o haga algo raro... daré un grito seco. Significará que deben abrir fuego inmediatamente y matar a los cuatro. ¿Entendido?

—Sí...

—Ahora, abra. Vamos, rápido. No conviene que se impacienta el *sheriff*.

Salieron al vestíbulo. Rápido, Jerry había empuñado el rifle en una mano y la pistola en la otra, cubriendo simultáneamente con ambas armas a los Wayne. Sus otros dos amigos se cuidaban de Keegan y de la servidumbre. La tensión se había hecho insufrible dentro de la casa.

Edward Wayne, sereno, majestuoso el porte, pero intensamente pálido, fue a abrir. Cuando cedió la puerta, un hombretón uniformado apareció en la puerta. Sobre el uniforme, un recio chaquetón de cuero y pieles le protegía del frío. Miró ceñudo al dueño de la casa.

—Vaya, ya era hora, Edward —dijo con voz brusca—. ¿Qué diablos hacía para tardar tanto?

—Verá... Mi esposa está algo indispuesta esta noche. Estuve despierto hasta muy tarde, y ahora había cogido el sueño... Lo siento, *sheriff*. Pero entre. Hace una noche infernal...

—Gracias —pisó con fuerza las baldosas del vestíbulo, y cayeron copos de nieve de sus hombros y de su sombrero—. Y tan infernal. Las carreteras están virtualmente bloqueadas, y todo con llamadas de emergencia...

—¿Habló usted de una emergencia, *sheriff*?

—Sí —el representante de la ley paseaba por el vestíbulo,

pasando a veces muy cerca del espeso cortinaje que ocultaba a Burt con su arma fija en el dueño de la casa—. ¿Sabe algo de un coche que hemos hallado empotrado en la nieve, en la carretera secundaria?

—No, ni idea.

—¿Nadie ha venido hasta aquí en demanda de ayuda?

—No, nadie, que yo sepa. Supongo que hubiera insistido, igual que usted. Y yo le hubiera oído. O cualquiera de mis hijos, aunque duermen en la parte de atrás. ¿Es que ocurre algo?

—Puede ocurrir, sí. Ese coche abandonado significa que su ocupante u ocupantes no pueden andar lejos, Con esta noche, y sin el abrigo del coche, no sé adónde, diablos han podido ir. La casa más próxima a ésta, dista más de una milla que, con la nevada caída, resulta una distancia totalmente impracticable, a menos que lleven un «Land Rover», como llevo yo.

—Sí, es extraño. Pero no sé nada de todo eso, *sheriff*, se lo aseguro.

—Bueno, seguiremos buscando. En cuanto al disparo, ¿tampoco ha oído nada?

—¿Disparo? ¿Qué disparo? —La voz de Wayne difícilmente se mantuvo serena ahora.

—Me han telefoneado de la casa de los Asher. Dicen que han oído un disparo de rifle por estos parajes. Ya sabe, el condenado de Amos Asher duerme siempre con la ventana abierta, aunque haga una noche siberiana. Por eso escuchó la detonación, fuese de arma de fuego o no. Pero el hecho de que él haya sido armero, le da cierta seguridad en esas cosas, imagino. Me telefoneó, e insiste en que fue un disparo de rifle, y de un rifle potente. Pero lo cierto es que no creo que nadie se dedique a cazar con semejante noche. Eso, unido a la presencia de ese automóvil abandonado, a nombre de un tal Mark Keegan, de Chicago, como lo es la matrícula del coche, del estado de Illinois, me hizo pensar que algo podía suceder por aquí.

—Pues si es así, le aseguro que cerca de mi casa no ha sido.

—Bien, eso es todo. Gracias, Edward.

—Por Dios, de nada. Sabe que estoy siempre a su disposición.

—Sí, lo sé. Que se mejore su esposa. Ah, por cierto, ¿puedo telefonar?

—¿Telefonar...? —Edward Wayne miró angustiadamente hacia

la puerta abierta a la noche de nieve, viendo ante los escalones de la entrada al ayudante del *sheriff*, Paul Marston, también embutido en un buen chaquetón de piel, junto al «Land Rover» donde ambos patrullaban—. Oh, sí, claro... ¿Cómo no, *sheriff*? Ahí tiene el teléfono...

Por fortuna, había uno en el vestíbulo. Con su pesada zancada, Duncan fue al aparato telefónico.

—Gracias. Será sólo un momento. Hay otra patrulla por ahí, la de Murray y Scott. Quedé en llamarles a la oficina, donde me esperarían para recogerme. Duncan terminó ya su servicio y se va a dormir el muchacho.

Se detuvo, cuando iba a marcar el número. Edward Wayne estaba tenso, a sus espaldas, mirándole fijamente.

Arrugando el ceño, Duncan golpeó la horquilla repetidas veces, y escuchó. Al fin, exhaló un suspiro y se volvió a Wayne, malhumorado.

—Infiernos, no funciona —dijo, colgándolo con brusquedad—. Algo le pasa. No da señal de comunicación. Es como si estuviera desconectado.

—¿Desconectado? Oh, no, nunca lo hago... —murmuró Wayne.

—Pues entonces, avise a la compañía. Está averiado. No puede usted comunicar. Usaré mi radioteléfono. Gracias de todos modos, Edward, y buenas noches.

—Buenas noches, *sheriff*. Si quiere una copita...

—No, gracias. Ya sabe que no bebo nunca estando de servicio —y agitando su brazo en cordial despedida, el hombre de la ley salió de la casa.

Con un profundo suspiro de alivio, Edward Wayne cerró la puerta. Fuera, el motor del «Land Rover» se puso en marcha. Pronto se alejó. Derrumbados sus nervios, en tensión hasta entonces, Edward Wayne se apoyó en la mesa del teléfono, se enjugó el sudor y musitó:

—Dios mío... Dios mío...

De los cortinajes, salió Burt, con su arma. Sonrió fríamente.

—Muy bien, señor Wayne —aprobó—. Acaba de salvar su vida, la del *sheriff*... y, por supuesto, la de su familia toda...

Entraron en el *living*. Sus compañeros suspiraron con alivio. Mark Keegan cambió una desolada mirada con Susan Wayne. La

cosa no había resultado. Bastaba haber oído la conversación, para darse cuenta de que el *sheriff* no sospechaba lo más mínimo. La ficción de Edward Wayne había resultado convincente.

—Excelente —aprobó Vince, riendo. Se mesó las barbas—. Se lo tragó todo. Menos mal que no sospechó que había sido cortada la línea telefónica.

—Fue una suerte para todos. Sobre todo, para ellos —dijo Jerry—. Se hubieran ido al infierno antes que nosotros.

—Bien, creo que la cosa merece celebrarse —comentó Burt, jovial—. Voy a traer una botella de *bourbon*. Beberemos un trago. Pero uno solo, ¿entendido? No quiero borracheras ni nada parecido.

Asintieron los demás. Burt se encaminó al fondo de la casa, en busca de algo para beber. Evidentemente, ya había visto antes dónde acudir en caso de sed.

Se quedaron con los tres solamente. La ausencia de Burt, sin saber por qué, inquietó a Keegan. Todos eran unos rufianes de la peor calaña, pero Burt, al menos, tenía autoridad y cierto sentido de la responsabilidad. Los otros, eran muy diferentes. No se fiaba de ellos.

Tuvo mucha razón. Apenas Burt estuvo fuera, el gesto de Jerry se hizo malévolo. Se aproximó a los cautivos. Vince y Bill se limitaron a mirarle, indiferentes, incluso con cierta expectación, como si esperasen lo que iba a hacer.

Jerry había dejado el rifle junto a Vince. Y el revólver iba metido en su cinturón. Caminó hasta ellos. Miró insultante a las dos hijas de Wayne. Riendo, las acarició. El padre se soliviantó.

—¡Deje a mis hijas, cerdo! —jadeó, siendo sujetado por su mujer.

Jerry se revolvió, airado, descargando un tremendo bofetón en el rostro del hombre, que retrocedió, tambaleante, con mirada colérica.

—Por favor, Edward, no intentes nada... —musitó su mujer, angustiada—. Son capaces de matarte...

—Sí, papá —dijo Cindy, la menos rubia de las dos—. No intervengas. Son cosas que no podemos evitar...

Susan se limitó a apretar los labios, sin decir nada. Jerry pasó de largo, comentando entre dientes:

—Bah... Jovencitas de siluetas finas y modales de beatas... para

un apuro puede bastar. Pero a mí me gusta algo más sabroso, más cálido, más opulento... Como tú, preciosa...

Se había parado ante la doncella y cocinera, Dianna, la muchacha de color. Mark asistía impotente, rabiosamente pasivo, a todo aquello que provocaba Jerry con sus bestiales instintos. Ciertamente, la muchacha de color era joven y de carnes duras y macizas. Tenía, a juzgar por las prominencias proyectadas bajo su uniforme gris, unas curvas exuberantes. Sus encantos, como todas las de su raza, resultaban carnosos y llamativos en extremo. Todo eso lo recorrió Jerry con lúbrica mirada.

Luego, fueron sus manos las que se cerraron sobre el cuerpo generoso de la mulata.

Impávida, la jovencita de color dejaba hacer sin poder oponer resistencia alguna al vicioso muchacho.

—Ah, tú sí me gustas, encanto... —jadeó, con la boca contraída, los ojos fulgurantes—. Mi querida muchacha, vas a ser mía...

—Creo que debes parar ya, Jerry —avisó Vince, ceñudo—. A Burt no le gustará que tú...

—Ni Burt ni nadie me impedirá ya hacer lo que me venga en gana —farfulló el joven del suéter verde.

Susan captó algo en el rostro de Mark y trató de sujetarle, aferrando su brazo con mano crispada. No lo logró.

Keegan emitió un sordo gruñido de ira... y disparó su puño contra el rostro del feroz y enloquecido Jerry.

El impacto fue tan formidable que crujió el hueso del mentón del mozalbete, y éste salió disparado, yendo a caer dando tumbos sobre un diván.

Las armas de Vince y de Bill encañonaron a Keegan rápidamente.

—Esta vez, te la has jugado. —Silabeó Vince, el barbudo—. Y no será con ruido, porque el *sheriff* anda cerca. Pero te voy a rebanar el cuello, bastardo...

En su mano zurda, surgió rápidamente una navaja automática, que se abrió como una centella. Dirigió la lengua de acero contra el cuerpo de Keegan. Susan gritó, aterrorizada.

CAPÍTULO IV

Mark Keegan hubiera recibido el tajo en el pecho, no muy abajo de la garganta. Pero era rápido de reflejos, y sorprendió al desaseado Vince con una finta vertiginosa, que hizo zumbar el acero en el vacío, sin conseguir otra cosa que rasgarle las solapas de su chaqueta.

—¡Maldito, voy a llenarte de tajos! —jadeó Vince, furioso, volviendo a la carga, sin que su mano diestra soltara en ningún momento el revólver.

—Déjame a mí —silabeó a sus espaldas Jerry, incorporándose con la boca desencajada, goteando sangre por la comisura de su labio, los ojos dilatados y brillantes de cólera—. Ese tipo es cosa mía...

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, de repente, Burt, asomando en la puerta con la botella de *bourbon* en su mano.

—Ese hijo de perra atacó a Jerry, golpeándole... —dijo Vince—. No puedes evitar que le hagamos un escarmiento serio, o se burlaría de nosotros.

—Antes de pegarle, él intentó atropellar a la muchacha —replicó Mark, señalando a la sirvienta de color.

—Es cierto —apoyó la señora Wayne—. El solo defendió a mi doncella...

—¿Eso es verdad, Vince? —Silabeó duramente Burt.

—Sólo estaba bromeando, Burt. Y ése bastardó me sacudió por sorpresa... ¡Tengo que matarle!

—Espera —cortó duramente Burt. Clavó sus ojos helados en Keegan—. Tú no lo has entendido bien. ¿Te crees que soy el ángel guardián de todas las mujeres que le gustan a Jerry?

—Usted dijo que no permitiría violencias inútiles...

—Escucha, Keegan, y métete esto en la cabeza. No quiero que Jerry ni nadie intenten atropellar a estas mujeres, porque son

blancas y no me gustan las violaciones. Pero una negra es diferente.

—Racista también, ¿no? —Encajó Keegan sus mandíbulas fieramente—. A una mujer de color sí se la puede tratar de cualquier modo.

—¿Qué importa eso? —rió Burt—. Una mujer negra no vale la pena. Sólo un cerdo se acostaría con ella. Si a Jerry le da igual el color de la piel, allá él. Puede hacer lo que quiera con esa negra, pero no con las demás personas de la casa.

—¡Dianna es mi doncella, es una buena chica! —protestó, muy pálida, Stella Wayne—. ¡No puede permitir algo así!

—¿No, señora? —rió Burt, sarcástico—. Verá como sí lo permito... Jerry, puedes irte a otra habitación con tu chica morena. Y haz con ella lo que quieras.

—¿De veras, Burt? —Los ojos del tipo brillaban suciamente— ¿puedo... puedo hacerlo?

—Claro. Así nos dejas a todos en paz. ¿Oíste eso, negrita? Ve con él. Y si intentas resistirte o algo así, puede matarte. Si no, te mataré yo. Vamos, largaos de una vez. Nosotros nos quedaremos aquí.

—Gracias, Burt. No olvidaré esto nunca —tembloroso, Jerry tomó a la mulata por un brazo, tiró de ella hacia otra habitación. La infortunada muchacha se dejó arrastrar sin poder oponerse a ello.

Desaparecieron los dos. Se cerró una puerta. Mark Keegan se estremeció de ira. Susan y Cindy Wayne se abrazaron una a otra, sollozando. El manco Charles se pegó la cabeza contra la pared repetidamente, en señal de rabiosa impotencia.

El matrimonio Wayne, el uno abrazado al otro, parecían sobrecogidos, sin dar crédito al horror que presenciaban.

—Y ahora, tú... —Burt se acercó a Keegan con paso lento—. No me gusta que te las des de valiente. Me revientan los héroes, ¿entiendes? Si quieres deslumbrar a esta chica que tan amablemente se porta contigo, no será aquí ni ahora, ¿entendido? Vas a pagar lo que le hiciste a Jerry. Te dije que no te metieras en líos. Y no me has hecho caso. Eso está mal. Muy mal... ¡Estúpido!

Y le hincó inesperadamente el puño en el abdomen.

Con un gemido de dolor, Mark se dobló bajo el feroz impacto. Entonces aprovechó Burt para pegarle de nuevo con el puño en la nuca, derribándole a sus pies.

Apenas lo vio en el suelo, jadeante y de rodillas, le descargó un brutal puntapié en pleno rostro, lanzándole atrás y haciendo brotar la sangre de la nariz de Keegan.

—¡Oh, basta, basta ya! —suplicó Susan, angustiada.

—No le hizo caso alguno, con ensañamiento, le persiguió, y cuando estuvo de nuevo Keegan a su alcance, otra vez el pie de Burt se descargó en sus costillas con ferocidad, haciendo dar una voltereta espasmódica al cuerpo del joven.

Simultáneamente, de la vecina habitación llegaban los gritos y sollozos de Dianna.

Mark Keegan, borrosamente, observó que iba a ser pateado de nuevo. Captó los gritos de la mulata, y reaccionó con rabia.

Estiró sus manos, aferró el tobillo de Burt inesperadamente, y tiró de él con violencia. Burt no pudo evitar caer pesadamente al suelo, de espaldas. Rápido, Mark se incorporó, pese a su cuerpo dolorido, y ante el asombro de Vince y de Bill se precipitó sobre Burt, y cuando éste iba a repelerle con sus piernas, saltó de costado y empezó a patear con furia los costados y pecho del caído.

Aulló Burt de dolor. Un zapato de Keegan golpeó su cara, y saltó sangre de su boca. En ese momento, Bill apoyó su pistola en la nuca de Mark.

—Un golpe más, y te mato —avisó.

Mark resopló, inmovilizándose. Se alegró de que fuese Bill quien interrumpiera la pelea. De haber sido Vince, le hubiese matado sin previo aviso.

En la habitación cercana, seguían oyéndose gritos y llanto de mujer. Mark casi sintió ganas de seguir peleando, aunque una bala le saltara la tapa de los sesos.

—Ya basta —dijo Bill, haciéndole apartar del caído Burt—, pude haberte matado, pero no quiero hacer ruido, ¿entiendes? A eso debes tu vida.

—Yo lo haré con mi navaja —masculló Vince, acercándose, maligno.

—No —cortó Bill—. Esperaremos a que decida Burt.

—¿Qué crees que va a decidir, después de los golpes que ha recibido? —agitó su navaja—. Deja que termine de una vez con este cerdo.

—Te dije que no —rechazó Bill—. Aquí, quien manda es Burt,

no tú.

—Bien. Oirás de sus propios labios que quiere el pellejo de este tipo... —Y se apresuró a acudir junto a su compinche, para ayudarlo a recuperarse.

Mark se reunió con los demás, bajo la amenaza del arma. Cindy le miró, con expresión de simpatía y admiración profundas.

—Es usted maravilloso —dijo—. Pero se arriesga inútilmente. Le matarán. No podemos hacer nada contra ellos...

—Unos segundos más, y hubiera podido quitarle el arma —dijo roncamente Keegan—. Pero no hubo suerte. Maldita pandilla de locos asesinos... Son todos unos psicópatas. Disfrutan, haciendo lo que hacen.

Burt ya se recuperaba. Sentado en el suelo, se restañaba de sus labios, rotos por el impacto de Keegan. Miró malignamente a éste.

—No, Vince —le oyó decir Mark—. Déjame a mí. Esta vez, va a arrepentirse de todo, eso te lo juro... Es cosa mía. Sólo mía...

Se incorporó con lentitud. Limpió de sangre su chaqueta de cuero. Lentamente, comenzó a moverse hacia Mark Keegan. Éste sabía que sólo podía esperar ya lo peor.

En ese instante, se abrió la puerta vecina. Todos giraron la cabeza hacía allí.

Jerry reaparecía, triunfante. Tenía expresión complacida. Tras él, más lentamente, tambaleándose, colgándole el gris uniforme, la infortunada mulata salía de la habitación convertida para ella en cámara de tortura. El llanto corría por su rostro, dándole brillo de ébano.

—Ha sido magnífico... —Ponderó Jerry—. ¡Qué mujer, Burt! Tendrías que probar a las negras, para saber lo que te pierdes...

—¡Canallas, cobardes, malditos, hijos de mala perra...! ¡Os mataré a todos!

Fue tan inesperado que sorprendió a todos. El callado, pálido Charles, el manso sirviente de los Wayne, se precipitó sobre Jerry, su único brazo en alto. Llegó a descargarlo brutalmente sobre el verdugo de la sirvienta Dianna.

El golpe era demoledor. Se acostumbra a decir que un manco triplica la fuerza en su único brazo sano, Y Charles demostró que esto era cierto. Su mazazo hizo crujir todo el rostro de Jerry, aplastó su nariz y quebró dientes en su boca, entre una bocanada

súbita de sangre.

El rufián retrocedió, con un aullido de asombro y dolor, buscando furioso su pistola. No llegó a utilizarla. Ni Charles llegó a alcanzarle con un segundo y terrorífico impacto.

Porque Vince levantó su arma y disparó. El chato revólver llameó, rugiendo ásperamente.

Charles estiró su único brazo como una cruz rota. Se agitó, con la bala del arma clavada en su espalda, alojada en su corazón. Emitió un sordo estertor, miró patéticamente a la mulata violada, y se desplomó sin vida, a los pies de Jerry.

—Un disparo —dijo el ayudante del *sheriff*, el comisario Paul Marston—. Yo estaba en lo cierto.

Puso en funcionamiento el motor de su «Land Rover», estacionado en las cercanías del bosque vecino a la residencia de los Wayne, y se lanzó recto hacia allá, con la expresión ensombrecida.

Sobre sus rodillas, iba un potente rifle. Al cinto, su revólver.

Cuando acompañó al *sheriff* Duncan, dijo a éste que estaba seguro de que algo raro pasaba en casa de los Wayne. No se basó en nada concreto para decir eso. Era una simple corazonada. El tenía siempre corazonadas, y a veces daban resultado.

El *sheriff* rechazó esa posibilidad. Para él, todo estaba normal en casa de los Wayne, salvo la circunstancia de que el teléfono estuviese averiado, y la señora Wayne indispueta.

El detalle del teléfono aún hizo sospechar más a Marston. Y ante el escepticismo con que Duncan acogía sus corazonadas, optó por volver a la zona, en vez de irse a dormir, cuando dejó el servicio de aquella noche y el *sheriff* se unió a la patrulla de vigilancia.

Ahora iba a demostrar a su superior que sus corazonadas eran válidas. Porque aquel disparo de revólver, había sonado claro, nítido. Y venía de casa de los Wayne, sin duda alguna.

Algo ocurre allí dentro, estaba seguro de ello. Me pregunto qué será..., se dijo, mientras se aproximaba más y más a la casa.

—Muerto... Charles, muerto... —Lívido, Edward Wayne se enfrentó con los asesinos—. Ustedes le han matado... Al pobre Charles...

—El tuvo la culpa —cortó Vince agriamente—. Mire el rostro de Jerry. Ese salvaje le hubiera podido matar a golpes.

—Ustedes dijeron que atropellase a Dianna —musitó el joven Wayne, lívido—. Y él... él creo que estaba enamorado de ella... No soportó más.

La mulata sollozaba aún más amargamente, erguida ante el cadáver de Charles. Burt y Bill trataban de cortar la hemorragia brutal y nasal de Jerry, que se quejaba lastimosamente.

—Ese disparo puede haber alertado de nuevo a alguien —señaló Burt, sombrío—. Ha sido otro error, Vince. Esta vez, pudiste utilizar tu navaja...

—No lo pensé. Al ver cómo negaba ese tipo, reaccioné así. Lo siento, Burt.

—Está bien, eso ya no tiene remedio. Pero tenemos que tomar precauciones. Por si viene alguien, subid a todos arriba, a cualquier habitación. A todos, menos al señor Wayne. El se quedará aquí, por si el *sheriff* volviera. Yo me quedaré aquí abajo con Jerry. Vosotros, Bill y Vince, subid con ellos y vigiladles. No toleréis más desmanes. Al que intente cualquier tontería, matadlo sin contemplaciones. Ya no vendrá de un disparo más o menos. Correremos el riesgo.

—No... no pueden hacer eso... —gimió Edward Wayne—. Al menos, déjenme con mi esposa...

He dicho que se queda usted solo, y eso basta —cortó con acritud Burt—. Vamos, subid a los demás. Y llevaos el cadáver de ese tipo. Yo limpiaré la sangre del suelo.

Bill se había ausentado un momento, cerrando una puerta. Regresó rápidamente, con una información alarmante:

—He mirado por la ventana, tras apagar las luces de esa habitación y cerrar la puerta —dijo.

—¿Y qué? —indagó Burt.

—Un «Land Rover» está parado tras el garaje. Estoy seguro. He visto las huellas en la nieve. Son muy claras. Recientes. Las de antes, cuando vino el *sheriff*, están casi borradas. Nieva mucho ahora, Burt.

—Bien. Eso quiere decir que han vuelto... Pero que no van a llamar a la puerta esta vez —silabeó Burt, con ojos centelleantes—. Sube tú solo con ellos, Bill. Vince, quédate aquí de momento. Vamos a ocuparnos de esos tipos de ahí afuera...

—Entendido. Vamos, ya han oído al jefe. Arriba todos. Y al primero que haga una tontería, lo dejo seco —avisó Bill,

obligándoles a pasar delante, hacia la escalera del vestíbulo.

Mark Keegan miró hacia abajo, a los tres adolescentes asesinos. Jerry se reponía dificultosamente de la hemorragia, con el rostro desfigurado por el golpe del infortunado Charles. Burt y Vince preparaban sus armas para recibir a los representantes de la ley.

Hubiera querido sentirse esperanzado. Pero se sintió más bien pesimista. Tal vez no iba a ser tan fácil que el *sheriff* resolviera la situación. Era un presentimiento. Un mal presentimiento.

El comisario Paul Marston examinó cuidadosamente la puerta trasera de la casa, sin salir de la zona de sombras donde se hallaba parapetado. Sus ojos descubrieron el vidrio roto, señal de que alguien había entrado por allí de un modo subrepticio.

—Debe haber asaltantes dentro —musitó—. Usaré su mismo camino...

Llegó a la puerta y pasó la mano por el hueco del vidrio roto. Descorrió los dos cerrojos sigilosamente. Se aventuró dentro de la casa, con paso cauto, sin hacer el menor ruido. Llevaba el rifle en sus manos, y también el «Colt» en su funda de la cintura.

Revisó la oscura cocina, sin hallar rastro alguno sospechoso. Tampoco en la despensa se observaba nada raro. Avanzó despacio, hasta detenerse ante la cerrada puerta del fondo. Había descubierto el resquicio de luz a ras del suelo.

Escuchó, sin oír absolutamente nada. Ni una voz, ni un sonido. Tal vez se había equivocado, después de todo, y no había novedad alguna en casa de los Wayne, pensó preocupado. Luego se dijo que, fuese como fuese, valía la pena de intentarlo todo aun a riesgo de quedar en ridículo.

Empezó a abrir la puerta con la máxima lentitud y sigilo. Cuando tuvo una rendija lo bastante ancha, asomó por ella, escudriñando la sala bien iluminada que desde allí se vislumbraba.

Era el vestíbulo, con su cortina, sus espejos y su mesa con un teléfono. Recordó ahora que había localizado en el exterior los cables telefónicos, limpiamente cortados, y se confirmó en su interior la seguridad de que algo sucedía. No podía creer que un simple vagabundo fuese a dejar sin línea telefónica a los Wayne, precisamente aquella noche.

No. Algo ocurría allí dentro. Alguien extraño a la casa había intervenido en esta noche de frío glacial, para causar algún daño.

Su corazonada de confirmaba, no había duda.

Empezó a asomar lentamente. Miró en torno, preocupado. Lo cierto es que no se captaba la menor señal de anormalidad. Nada fuera de lo corriente, salvo la luz encendida. ¿Por qué esa luz, si dormían todos en la casa?

Dio un paso. Otro. Otro más... Llegó al centro del vestíbulo. Se dio media vuelta, para dirigirse al *living* y posteriormente a la planta alta.

Entonces se encontró cara a cara con Edward Wayne, que le miraba desde lo alto de la escalera, junto a un cortinaje.

—¿Qué significa...? —comenzó el comisario Marston, asombrado—. ¿Está bien en su casa, señor Wayne?

—Claro, comisario —asintió él, sin dejar de, mirarle—. ¿Qué hace usted aquí?

—Yo he tenido una sospecha y quise confirmarla... —Bajó su rifle Marston para proseguir—: Le ha cortado alguien la línea telefónica. Y he escuchado un disparo que... ¡Eh! ¿Qué es...?

Su asombro se manifestó en esas cortas sílabas, cuando tras la cortina apareció un pelirrojo barbudo desaseado, de largo y grasiento cabello, vestido con *blue jeans* y *jacket* de igual color y tejido. Trató de alzar de nuevo su rifle.

No llegó a tiempo. Ahora, toda la ventaja era de Vince.

Éste disparó de su mano la navaja automática abierta. La hoja de acero hendió el aire, alcanzando en el pecho a Marston, y penetrando profundamente en su pecho, sobre el lado izquierdo.

Con un ronco estertor, Marston comenzó a derrumbarse lentamente, con ojos muy abiertos, sintiendo que la vida se le escapaba por el tremendo boquete que el arma blanca había causado en su cuerpo.

Cuando cayó de bruces, el acero aún se hundió más profundamente, hasta el mismo inicio de la empuñadura. Pero no hacía falta. Estaba muerto.

—Perfecto —aprobó Burt, saliendo del *living*, revólver en mano—. Buen golpe, Vince.

—Dios mío... —jadeó Edward Wayne, mortalmente lívido, apoyándose en la barandilla de la escalera—. Marston asesinado... Sangre y más sangre...

Burt miró fríamente al dueño de la casa. Se encogió de hombros,

riendo.

—Vamos, Vince Dijo. —Hay que ver si ese tipo venía solo, aunque parece ser que sí. Una vez comprobado, volveremos arriba, con los demás rehenes... Ya son las cuatro y media de la mañana. La noche es cada vez más corta. Se acerca el final...

CAPÍTULO V

Susan cuidaba de la pobre Dianna, en un rincón de la estancia. La había entregado unas prendas suyas, con las que trataba de cubrir la mulata sus formas exuberantes, sin dejar de sollozar ahogadamente.

Susan y su hermano, estaban junto a Mark Keegan. La señora Wayne, sola en otro asiento, parecía meditar, con los ojos secos y la faz demudada, evidentemente inquieta por la suerte que pudiera correr abajo su marido.

Frente a ellos, vigilante, pendiente de sus más mínimos movimientos, se hallaba Bill, con el rojo anorak cerrado, y la pistola en su mano, asestada sobre el grupo de cautivos.

—¿Qué cree que sucederá abajo? —Fue la pregunta de Bob.

—No lo sé, muchacho —confesó Mark—. Pero puede ocurrir lo peor.

—¿A... a nuestro padre? —musitó Cindy.

—No me refería ahora a él. No creo que, mientras obedezca lo que le ordenan, su vida corra peligro. Pero el *sheriff*, si ha vuelto realmente aquí, puede encontrarse en una encerrona, a poco que se descuide.

—A veces, uno no sabe qué desear —suspiró Bob Wayne—. Si no viene nadie, seguimos en manos de esos locos. Si vienen... uno teme que haya una masacre inútil. Es el mal de enfrentarse uno a psicópatas, a delincuentes juveniles. Los profesionales son otra cosa. Entran, roban en una casa y se marchan. Son delincuentes, conforme, pero no se ensañan en sus víctimas, no derraman sangre inútil, no son enfermos mentales que disfrutaban con violar, torturar, matar... Toda esa especie de juventud, pretende demostrar que es más fuerte y más dura que los demás. Alardean de su chulería, de su crueldad, son lo peor. Quieren arreglar el mundo a base de sangre, de odio y de ferocidad animal. Para ellos, la ciudad, las casas, la

vida misma, es una jungla. Y como fieras se comportan, sin saber siquiera lo que quieren o adonde van. Eso es lo peor. Que uno no puede razonar con ellos.

—¿Cree que, llegado el día, se irán, una vez cobre el cheque de papá? —dudó Cindy.

—Eso nunca se sabe. Depende de cómo reaccionen, de cómo estén sus nervios y sus mentes en ese momento. Emocionalmente, son inestables, se excitan fácilmente... Basta irritarles un poco, para que se conviertan en una horda salvaje. Si tuviéramos la suerte de que la larga vigilia y la tensión sufridas, les hace ceder al final, cuando tengan el dinero en sus manos, quizá se marchen sin tocarnos.

—Pero tenemos que estar viviendo, mientras tanto, en esa incertidumbre.

—Sí, señorita Wayne. No tenemos otra alternativa. Cualquier cosa que se intente en estas circunstancias, está condenada al fracaso. Ellos tienen las armas y la fuerza. Enfrentarse a ellos es morir inútilmente. Como le ocurrió a Charles, como pudo haberme ocurrido a mí. Debemos de tener mucha serenidad en lo sucesivo, ocurra lo que ocurra.

—¿Cree que con serenidad bastará? —dudó Bob Wayne.

—No lo sé. Pero hay que intentarlo, amigo mío. No nos queda otra salida, nos guste o no.

—Están hartándose de charlar y de insultarnos, ¿eh? —rió Bill, sarcástico.

—Sólo damos rienda suelta a nuestra tensión —replicó Keegan secamente—. Creo que es lo menos que se nos puede permitir.

—Sí, claro —bostezó Bill, encogiéndose de hombros—. Yo, por mí, les dejaría ir en cuanto estuviera el dinero en mis manos. Pero Burt es el jefe. No sé lo que él hará...

—Es muy alentador eso que usted dice —comentó Bob, sarcástico.

—No puedo decir otra cosa. Si quieren saber la verdad, estoy tan harto de esto como ustedes. A mí no se me dijo que tendríamos que pasar toda una noche metidos en una casa, amenazando a unos rehenes, ¿entienden? Eso fue todo idea de Burt, cuando descubrió el talonario del viejo...

—Y si yo pudiera conseguir una suma más importante de

dinero... ¿No podríamos llegar a un acuerdo más amistoso? —sugirió Keegan vivamente.

—¿Está intentando comprarme? —Bill rió, negando con la cabeza—. No, gracias. Si aceptara, Burt me mataría.

—¿Ni por veinte mil dólares correría el riesgo? —insistió Keegan.

—Veinte mil... —Los ojos de Bill brillaron. Luego, humedeció sus labios—. Diablos, no. Ni por cien mil. Me haría trizas, aunque me escondiera bajo tierra. No conocen a Burt...

—¿Y si Burt fuese luego capturado? —sugirió Bob Wayne.

—Se escaparía. Ya lo ha hecho en varias ocasiones cuando le detuvieron. Es un tipo listo. Se las sabe todas. —Bill guiñó un ojo, como si estuviese haciendo la apología de un héroe—. No intenten nada, amigos. No aceptaré por nada del mundo.

—Es inútil —murmuró cansadamente Cindy—. No se puede convencer a ése de que su jefe es sólo un matón de suburbio, y nada más. Para ellos, todos los tipos como Burt son dioses.

—Silencio —avisó Susan, llevándose un dedo a los labios—. Creo que ya vuelven...

Un estremecimiento sacudió a todos los rehenes ante el significado de aquel lento y callado regreso. ¿Qué habría sucedido abajo?

El primero en entrar fue Edward Wayne. Venía pálido, demudado. Su mujer sollozó, arrojándose en sus brazos. El la confortó, con voz amarga:

—Vamos, calma, querida... No me ocurre nada.

—¿Y... y a... al *sheriff* Duncan? —musitó ella, angustiada, mirándole a los ojos.

—No era el *sheriff* Duncan —habló el marido roncamente—. Solo... sólo el comisario Marston...

—¡Marston! —Tembló Susan, muy abiertos sus ojos—. ¿Y... qué?

—Venía solo. El muy tonto... se metió en la boca del lobo. Yo no pude avisarle...

—Dios mío... —sollozó su mujer, ocultando el rostro¹ en el pecho del marido—. Dios mío, pobre Marston...

—No sufrió, señora —rió Burt, asomando a la habitación— ni lo más mínimo. Cuando quiso darse cuenta, ya tenía la navaja clavada

hasta el fondo en el corazón. Vince es todo un tío usando la navaja a distancia.

Las risas de los jóvenes causaron un horror más grande aún en los prisioneros que, sobrecogidos, se miraron pensando más o menos lo mismo. En poder de gente como aquélla, ¿qué podían esperar? Disfrutaban matando, gozaban con la violencia, hasta un grado de sadismo realmente feroz. Eran peor que alimañas.

—Vamos, no pongan esa cara —se mofó Vince—. Ese tipo se lo buscó él. Se puso a figonear, descubrió los hilos del teléfono cortados, oyó el disparo sin duda... No creo que venga nadie más en lo que queda de noche. Por tanto, pueden respirar tranquilos. En cuanto sea hora de ir al pueblo, cobraremos ese cheque del viejo, y adiós muy buenas.

De repente, se le ocurrió a Jerry algo que puso un escalofrío en los cautivos encerrados en la casa en aquella noche de pesadilla.

—Eh, ¿y qué pasará luego? Ellos nos denunciarán, podrán describirnos detalladamente. Todo: aspecto, ropas, cara, nombres...

Siguió un silencio sepulcral. Vince, Burt y Bill se miraron. Luego, Burt clavó los ojos en los rehenes. Se echó a reír.

—Vamos, vamos, no se asusten tanto —se mofó—. La idea de Jerry es buena. Pero no me preocupa demasiado que nos describan. Podemos cambiar de aspecto, de ropas. Y separarnos. Total, ¿qué es un nombre? Nada. No saben nada de nosotros.

—Yo sigo pensando que a mí sí me preocupa —gruñó Jerry—. Y pueden acusarme de... de violación, los muy idiotas...

—Y a mí de asesinato de un policía —apuntó Vince, frunciendo el ceño, y restregándose la sucia barba rojiza.

—No sólo del policía, Vince —le recordó Jerry—. También de ese manco estúpido...

—Cierto. Dos muertes. Podrían buscarme todos los polizontes del país, malditos sean. Burt, ¿qué opinas?

—No sé... —El de la chaqueta de cuero negro se frotó el mentón, estudiando a sus prisioneros. Sonrió de nuevo, como si gozara con sus temores y alternativas de desesperación y de alivio—. Yo no temo nada.

—Yo, sí —gruñó Jerry.

—Yo, también —apoyó Vince.

—Tú no dices nada. —Burt se volvió a Bill—. ¿Qué opinas?

—¿Debo opinar? —Se extrañó el del cráneo rapado.

—¿Por qué no? Eres uno de nosotros. Vince y Jerry son partidarios, según veo, de que, antes de salir de aquí... ¡zas! —Hizo un gesto significativo, mirando al grupo de cautivos—. Ni uno con vida. Son dos votos a favor de una matanza. Decide tu voto.

—Yo no quiero más muertes —se quejó Bill—. Al diablo si me pescan. Por eso no podemos liquidar a siete personas, Burt.

—De modo que votas... no. Nada de matanzas. Irnos, y se acabó.

—Sí, eso es.

—Dos votos a uno —silabeó Vince, mirando con ira a su compañero del anorak rojo—. Tú decides el empate... o la impunidad para todos nosotros. Vota, Burt.

Si empatamos, no se decide nada.

—De acuerdo. Pero si no, se hará lo que diga la mayoría —apuntó Jerry—. No puedes negarte, entiéndelo. Bill, porque es un idiota.

—¡No me ofendas, maldito seas! —Se enfureció Bill.

—Bueno, basta, basta. Nada de peleas, recordad. —Burt agitó un brazo—. Si yo voto a favor de vuestra idea, los matamos. Pero si voto «no», ¿qué se hace?

—No sé —gruñó Vince—. Eso, tú dirás.

—¡Ya está! —Palmoteo Burt infantilmente—. Tengo una gran idea. Vamos: yo voto... no.

Tras un momento de tensión, hubo relajamiento y alivio entre los reunidos bajo las armas del grupo de jovencuelos asesinos.

—Y empate —masculló Jerry—. Maldita sea, ¿qué ganamos con eso?

—Escuchadme bien. Ahora que estamos empatados, hay algo que debe decidir. ¿Por qué no dejamos que sea el azar?

—¿El azar? —se extrañó Vince—. ¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: nosotros no decidimos. Que decida la suerte. Será divertido.

—Es monstruoso —replicó Keegan—. ¿Cómo pueden decir eso? ¡Jugarse la vida de unas personas a un simple azar!

—Ustedes se callan —cortó Burt—. No pueden opinar, porque son parte interesada. Y tú menos que nadie, Keegan. Aún no he olvidado lo de antes. Tuviste suerte de que ocurrieran tantas cosas luego. A ver, señora, ¿dónde hay una baraja en esta casa?

—¿Una... baraja? —Tembló la voz de la señora Wayne—. Ahí... ahí mismo...

Señalaba hacia un mueble, al fondo de la estancia. Tranquilo, Burt fue hasta ella. Abrió un cajón, luego otro, tirando prendas y objetos por doquier, con displicencia, hasta que dio con un mazo de cartas relativamente nuevos. Lo alzó, con gesto triunfal.

—¡Perfecto! —Ponderó—. Ahora, barajaré. Cortará uno de vosotros. Daré cartas. Una a cada uno. El primer as que salga, es el voto de desempate. Si lo sacamos Bill o yo, ellos se salvarán. Si lo sacáis alguno de vosotros dos... gana vuestro criterio. ¿Conforme?

—Sigue sin gustarme —rezongó Vince—. Pero al menos, es divertido.

—Si lo sacan ellos y nos vamos de aquí dejándoles vivos a todos, no va a ser tan divertido, Vince —se lamentó a su vez Jerry.

—¿De qué te quejas? Tú tendrás el atropello de una sucia negra, pero yo tengo algo peor. Dos muertes. Una, la de un policía. Pero Burt tiene parte de razón. Somos sólo cuatro y no puede haber sino empate. Que las cartas decidan.

Mark Keegan y los demás, cambiaron miradas tensas. Una tremenda, sofocante atmósfera, había empezado a respirarse en aquella estancia. Ahora, ya no se trataba solamente de ver transcurrir una noche endemoniada, entre horror y horror. Ahora, aquellos cuatro locos se jugaban siete vidas a una sola carta. Siete vidas humanas pendientes de que un as saliese a uno u otro jugador. Era demencial, pero nadie podía impedirlo, a menos que se intentase una locura. Y eso sería igual. Cuatro armas, en manos de insensatos ávidos de sangre como aquéllos, abriendo fuego sobre todos ellos, no les dejaría la más leve oportunidad. Además, eran cuatro mujeres. Y sólo tres hombres. De ellos, un muchacho, un hombre de edad madura... y él.

No se podía pensar siquiera en ello. Si al menos hubiera tenido un arma... Pero no era ése el caso.

—¿No sería mejor morir luchando que esperar a esa horrible farsa? —se lamentó ahora Bob Wayne, intensamente pálido, con los labios apretados, las mandíbulas chirriando, demostrando más cólera que miedo.

—Atacarles a ellos, significa cero oportunidades —susurró Mark—. Así, tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades. Es mejor

eso.

Pero resulta indigno verse uno ahí, a merced de un simple naipe y de un puñado de psicópatas...

—Lo sé, Bob. Pero ya he visto de lo que son capaces. No se detendrán ante nada, estoy seguro. Por espantoso que resulte, tenemos que dejarles que jueguen. Que nuestras vidas pendan de... de una carta.

Burt había barajado. A los cuatro parecía fascinarles el macabro juego. Cortó Vince. La primera carta fue para Jerry la segunda para Bill. La tercera para Vince. La cuarta para él.

Ni un solo as.

El silencio en la estancia, era absoluto. Si un mosquito hubiese volado en ella en ese momento, su zumbido hubiera resultado ensordecedor. Un pálido grupo de personas cuyas vidas pendían de aquellas cartas, seguían el reparto con angustia mal contenida. Los rostros eran máscaras de cera. Los ojos, vidriosos, dilatados.

Segunda mano. Jerry... Bill... Nada aún, Ahora, tal vez. Y sería la muerte. Vince... ¡No era un as! Seguía Burt. Si le salía a él... salvados.

Nada.

Tampoco esta vez. Ni un as. Ocho cartas ya, y el as se resistía a aparecer.

La tensión empezaba a ser insufrible. Era como jugar a la «ruleta rusa», con una sola bala en el cilindro de un revólver, e ir disparando. Cada impacto sobre vacío iba dejando menos y menos posibilidades...

Tercera mano.

Los dedos de Burt temblaban ligeramente. Sudaban los cuatro jóvenes. El juego morboso les divertía, les fascinaba. Era como matar a un hombre. O a diez.

Todo era una diversión. Un juego.

Primera carta, para Jerry otra vez. Un valet. Segunda, a Bill. Decepción terrible. Un dos. Se vela inicialmente tan blanca... Pero no era un as. Tercera carta. Para Vince. Éste tragó saliva, extendió su mano trémula, giró el naipe...

—¡Maldición! —farfulló.

Una dama. La de trébol. Ahora, iba Burt de nuevo. Si fallaba otra vez, cuarta mano. Las posibilidades se agotaban. Eran cuatro

ases escondidos, esperando dentro del mazo, amos y señores de siete vidas humanas.

Burt alzó su carta, displicente, gozando con el gesto de sus camaradas, con el latente terror y tensión de los prisioneros. Rió, al dejarla caer boca arriba.

—¡As de corazones! —gritó.

Era el as. En teoría, se habían salvado. Los nervios se relajaron. La tensión cedió un poco. Mark Keegan, escéptico, se dijo que se habían librado momentáneamente de una masacre segura. Pero su suerte distaba mucho de estar clara. Aún faltaba demasiado tiempo para que clarease, para que uno de ellos de encaminara a la población próxima y presentara en el Banco el talón de Edward Wayne. Podían suceder tantas cosas en ese tiempo, con unos seres inestables y psicópatas como aquél grupo de adolescentes criminales...

—Tuvieron suerte —gruñó Vince, mirando avieso a los cautivos—. Mucha suerte, malditos sean. Esto nos traerá problemas, estoy seguro.

—Hay que aceptar la suerte —le dijo Bill—. Era lo acordado.

—Claro. La aceptamos —admitió Jerry, molesto—. Pero no me gusta. No me gusta nada... —Callaos de una vez —se irritó Burt—. Nos vamos a ir muy lejos de esta región, muy lejos de Iowa. ¿Qué diablos nos importa que digan cómo somos y qué nombre tenemos? Un nombre no es nada. Hay miles de Vincens... miles de Bill o de Jerry... Y también de Burt. Si tú te quitas la barba, tú te cortas el pelo, tú te pones una peluca y te afeitas el bigote, todos seremos diferentes. No nos va a pasar nada. Absolutamente nada.

Parecía que el trágico incidente que pudo haber terminado en una matanza, iba ya declinando. Pasada la emoción de aquel absurdo juego, volvían a aburrirse. Y eso era lo peor. Cuando no sabían qué hacer, se les podía ocurrir cualquier cosa.

Pero cualquier cosa que no fuese buena, por supuesto.

Mark Keegan se aproximó a Susan. Ahora era Cindy quién se ocupaba de la desdichada mujer de color. La muchacha le contempló con fijeza.

—Susan...

—¿Sí, Mark?

Sin darse cuenta, habían empezado a intimar, a tratarse más

familiarmente. Los peligros vividos juntos hacían cosas así. Era como si se hubieran conocido años atrás.

—No me fío de ese juego de azar que han hecho.

—¿No cree que cumplan lo convenido?

—Tengo mis dudas. Si fuera posible hacer algo...

—Sí, pero ¿qué?

—No sé... Un arma... Sería suficiente. Sólo un arma...

—Ellos las tienen todas.

—Hay una que ellos no tienen. Pero está lejos. Demasiado lejos...

—¿Dónde?

—En mi coche. En la guantera. Creo que eso bastaría. Si cayeran dos de ellos, aunque sólo fuesen heridos... Cederían los más débiles. Creo que son Jerry y Bill. Jerry sólo tiene valor para insultar mujeres. Bill es un infeliz que hace todo lo que le dicen.

—Está soñando, Mark. Si no puede ninguno de nosotros moverse de aquí, ¿cómo ir al coche?

—Lo sé. Yo solo, nunca iría. Si pudiera lograr que uno de ellos me llevase allí...

—¿Llevarle? ¿Se ha vuelto loco? Ésos no se mueven de aquí por nada del mundo.

—Si hubiera un cebo lo bastante sabroso, tal vez cedieran, probaran fortuna... El coche está cerca. Pensarían que no es mucho riesgo.

—Pero es absurdo pensarlo. Si dice que tiene algo de valor dentro del coche, irá uno cualquiera de ellos. Sin usted. Bastará con que les dé las llaves. Si no se las da, se las quitarán.

—Eso es lo bueno. Hay que mencionar algo relacionado con las llaves. Algo convincente. Que piensen que no las llevo encima.

—¿No le han registrado?

—Sí, pero por encima. Tenía todo en los bolsillos, tal como lo llevaba antes de capturarme ellos. Si les convenciera de que las llaves del coche no están en ese llavero...

—Son fáciles de reconocer, ¿no?

—Claro. Primero necesitaría disimuladamente desprender las llaves del coche del resto del llavero. Llevo bastantes. No se notará la ausencia de ellas. Luego...

—Luego, ¿qué? —dudó Susan, mirándole con cierto

escepticismo.

—Eso sería lo más fácil. No se lo diría a ellos, sino a otra persona, fingiendo que ignoro que me están escuchando... Esa persona sería usted. No le cuento más, para no estropear el plan. Así lo haremos mejor ambos. ¿De acuerdo?

—Si puede hacerlo... Pero tenga cuidado. Esos tipos son desconfiados. No será fácil engañarles.

—Eso ya lo sé —sonrió tristemente Mark Keegan.

De pronto, Susan le hizo una pregunta:

—¿Por qué lleva usted pistola, Mark?

—Bueno, yo... —Vacío Keegan, como si la pregunta le sorprendiera—. Solicité licencia para llevarla en mis viajes. A veces cobro muchas pólizas elevadas, y es un medio de seguridad.

—Entiendo. ¿Sabe manejarla?

—Sí, no lo dude.

—Pero será muy arriesgado intentarlo...

—También lo es permanecer aquí, cruzado de brazos. En cualquier momento, a esos maníacos se les ocurrirá otro jueguecito, y bailaremos todos al son que nos toquen. Primero fue Dianna, luego Charles, después el comisario Marston... y ahora todos nosotros.

—Y usted —le recordó ella, mirando las huellas de la paliza en su rostro.

—Eso fue lo de menos. He recibido palizas peores.

—¿Dónde? ¿Acaso fue usted boxeador?

—No —suspiró Mark. Luego, meneó la cabeza, evasivo—. Es igual, sería largo de contar. Luego hablaremos de nuevo, recuerde. Como algo natural.

Se apartó de Susan. Los jovencuelos, aunque no les quitaban ojo de encima, seguían discutiendo a medio tono sobre sus respectivos puntos de vista sobre los rehenes. El más irritado parecía ser Vince.

Los Wayne, en un rincón, parecían vencidos por el sueño y el cansancio. Pero no cerraban los ojos ni intentaban dormir. La situación no se prestaba a ello. En cambio, Dianna, la pobre muchacha de color, se había amodorrado ligeramente, junto a Cindy Wayne, quizá porque los nervios ya no resistían más tras la terrible experiencia vívida. Keegan la contempló con verdadero dolor. A veces, no sólo matar a un ser humano es un crimen. Existen

otra clase de crímenes ten execrables o más. Aquel cometido con la doncella negra, había sido uno de ellos.

De pronto, Mark tuvo el raro presentimiento de que algo raro sucedía. No es que nadie hubiera alterado sensiblemente su postura o su comportamiento. Pero había alguna cosa que le hería la sensibilidad subconscientemente.

Giró la cabeza. Sus ojos se clavaron en Jerry, el muchacho del suéter verde, el verdugo de la doncella de color.

Cindy, la hermana de Susan, inadvertidamente, al estar junto a la negra, se había acomodado en una postura algo forzada. Ello hacía que su bata se abriera, y revelase el corto camisón traslúcido, cuyos encajes rozaban la parte alta de sus muslos.

Los ojos ávidos de Jerry volvían a inyectarse en sangre y resoplaba sin apenas darse cuenta de ello, la mirada fija con obstinación en aquel trozo de pierna femenina, joven y delicada, de virginal hermosura.

Rápido, Mark se inclinó, bajando la bata sobre la pierna de la muchacha. Jerry se estremeció, pareció salir de su abstracción y le miró colérico. Keegan sostuvo su mirada hasta que vio que el mozalbete inclinaba la cabeza mascullando un seco y rencoroso:

—Bastardo.

No dijo nada. Su manó, en el bolsillo, estaba desprendiendo, lenta y silenciosamente, el manojito de llaves del coche, dejando solamente las demás en el llavero.

Cuando lo hubo logrado, respiró con alivio. Se acomodó de otra forma en su asiento, y con disimulo sacó las llaves dentro de su puño cerrado pasándolas cautelosamente junto a su pierna. Se inclinó, rascándose el tobillo como si le picara fuertemente. Repitió la operación varias veces. Cuando nadie le hizo ya caso, con gran rapidez, alzó el telón y metió las llaves en el zapato, entre la plantilla y su pie.

Caminar con las llaves allí, iba a resultar doloroso y difícil, pero el intento valía la pena. Su segundo paso fue ponerse en pie y pasear un poco. Súbitamente, Burt pareció cansado. Se puso en pie y ordenó, brusco:

—Vamos abajo. Esta habitación es demasiado pequeña para todos. Hace calor aquí.

Volvieron al amplio salón de la planta baja. El cadáver de

Marston había sido retirado del vestíbulo, pero la mancha de sangre en el suelo, era visible para todos. La señora Wayne se tambaleó. Su marido, una vez más, tuvo que sujetarla.

Cindy caminaba junto a Susan. Con el rabillo del ojo, Mark observó que Jerry se situaba a su lado, y estiraba la mano, acariciándola. Sintió náuseas. Cindy palideció, pero no dijo nada y siguió adelante.

La mano del obseso sexual se hizo más audaz aún.

—Creí que permitíais que vuestro amigo se metiera solamente con las negras —dijo con rudeza Mark Keegan en voz alta, dirigiéndose a Burt—. Y ahora resulta que está intentando abusar también de una blanca.

Burt le miró, malhumorado. Luego, giró la cabeza y descubrió la mano de Jerry apartándose lo más rápidamente posible de la pierna de Cindy, que ya había apresado.

—Cerdo, te dije que no volvieras a hacerlo —le ordenó, abrupto—. Estoy harto de ti y de tus vicios. Deja a esa chica en paz. Es una orden, ¿entendido? Ella no es la criada negra. No toleraré más abusos de ese tipo, Jerry.

—Vete al diablo —se irritó Jerry. Luego, clavó su mirada de nuevo en Keegan y le espetó—: A ti te tengo que ver con la lengua cortada, cabrón.

Keegan le miró sin decir nada. Pero su gesto se endureció, dándole a entender que no permanecería pasivo en ningún caso. Jerry desvió su mirada, quizá temiendo nuevos problemas que pudiesen provocar violencia.

—Gracias, Mark —oyó susurrar a Bob que, muy pálido, caminaba junto a sus hermanas—. No sé cómo agradecerle...

—No diga nada + cortó él. —No vale la pena, Bob. Tenemos que unirnos todos, o perecer. Es ley de vida en estos momentos. Además, no me gusta que ese tipo toque a ninguna de sus hermanas. No lo soporto.

Se acomodaron de nuevo en el *living*. Ciertamente, había más amplitud, y la temperatura era menos agobiante. Pero la tensión era siempre la misma.

Con el rabillo del ojo, Mark observó que Vince, que fingía dormir, sentado groseramente encima de un mueble, no se perdía detalle entre los párpados cerrados. Tal vez era el momento.

Tomó a Susan de un brazo, con aparente disimulo, y la condujo a un rincón, donde solamente se hallaba cerca Vince, con su aparente aire somnoliento y ausente.

Como en una confidencia, Keegan habló a Susan, que le miraba con bien fingido interés.

—Ahora que nadie nos oye, Susan, quería decirle algo —comenzó Mark.

—Sí, Mark, le escucho —siguió ella la comedia perfectamente—. ¿De veras cree que no nos oyen?

—No pueden. Sólo ese maldito barbudo está cerca. Pero duerme. Debe estar medio drogado. Atienda, no tenemos mucho tiempo para hablar de ello.

—Adelante...

—Susan, hay que intentar sobornar a uno de estos cuatro tipos, el que sea más fácil de convencer. O el más codicioso.

—¿Sobornarle? —Pestañeó ella, incrédula—. ¿Cómo? Nos han quitado todo el dinero que llevábamos encima. Y supongo que a usted también...

—Supone mal, Susan. Por fortuna, soy bastante desconfiado, y no me gusta llevar dinero encima. Transporto a Sioux City una cantidad importante en efectivo. Exactamente treinta y cinco mil dólares, en billetes de cien, que he dejado en el coche.

—¡En el coche! Cielos, si ellos lo sospecharan...

—Pero no lo sospechan —miró en torno Frank. Vince fingiendo dormir, pero sus nervios estaban tensos ante lo que creía sorprender—. Si uno acepta el soborno, podremos huir de aquí sanos y salvos. Yo le entregaría el dinero.

—No puede ser, Mark. Aunque aceptaran, se quedarían limpiamente con el dinero, y santas pascuas.

—No es tan fácil. Creen que llevo en mi llavero las llaves del coche, pero eso no es cierto. Siempre he llevado en mi coche una especie de pequeña caja fuerte oculta, imposible de desprenderse del vehículo, en cuyo interior va el dinero. En un escondrijo que sólo yo conozco. Y con las llaves del coche, va la llave de esa caja. Antes de venir hacia acá, por si algo raro sucedía, y me asaltaban, para robarme el coche o algo así, oculté las llaves cerca del automóvil, pero en un lugar donde, de no saberlo, nadie las encontraría, si se llevan el coche, es igual. Nadie puede abrir esa caja y sacar el

dinero, porque va adherida al vehículo, y es de acero muy fuerte. Los que recaudamos pólizas de seguros de vida, tenemos que ser muy listos en estas cosas.

—Le felicito, Mark. Así, su dinero está seguro... Yo creo que ese tonto de Bill puede ser el más fácil de sobornar, si lo intentamos...

—Probaremos —sonrió Mark—. Ahora, volvamos con los demás, como si nada ocurriera. Nadie daba sospechar nada.

Se separaron. Susan había interpretado de modo excelente su papel de muchacha sorprendida. Vince seguía quieto, pero era obvio que estaba ansiando comunicar a su amigo Burt la buena nueva.

No tardó en hacerlo. Un momento más tarde, Vince se incorporó de su asiento sobre el mueble, e iba hasta cerca de Burt, con quien cuchicheó en voz baja.

Mark fingió no notar nada. Paseaba, como distraído. De repente, notó en su cuello el contacto del revólver de Burt.

—Un momento, señor asegurador —sonó una voz sarcástica—. Queremos hablar de negocios contigo...

Ya habían picado. Pero no todo estaba hecho, ni mucho menos. Ahora venía lo más difícil de todo...

El anzuelo había servido. Pero ¿se dejaría enganchar el pez en él?

Eso estaba por ver. Y en seguida.

CAPÍTULO VI

—No puedes negarlo. Te oyeron contar todo. Hasta la última palabra.

—¡Ese maldito puerco! —rugió Mark Keegan, intentando agredir al barbudo Wince—. ¡Fingía dormir mientras espiaba!

—Tú hablaste de más —objetó secamente Burt, aplicándole de nuevo el cañón del arma bajo la barbilla, para frenarlo—. No quiero peleas. Ni puedo matarte ahora. Necesito esas llaves tuyas. A ver, déjame ver tu llavero. ¡Vamos, pronto!

Como a regañadientes, Mark se lo dejó examinar. Burt asintió, con ojos relucientes, devolviéndoselo.

—Ahí no hay llaves de coche. Debí fijarme mejor antes. ¿Vas a decirnos dónde metiste las llaves?

—No.

—Eso es una estupidez. Podemos obligarte.

—No lo creo. Si me matáis, adiós dinero.

—Sí, seguramente serás un tipo duro para aguantar el sufrimiento, se te nota —silabeó Burt, furioso—. Está bien, ¿lo dirás por las buenas?

—No.

—¿A cambio de tu libertad inmediata? Te dejaremos donde no puedas avisar a nadie hasta que pase la hora de abrir el Banco. Pero libre. Eso bien vale tu dinero. ¿O no?

—Puedo esperar un rato. Dijisteis que no ibais a hacernos daño.

—No te fíes nunca de lo que digamos —se mofó Burt, cínicamente—. Y menos ahora, con esa inesperada propina tuya... Escucha, Keegan, y trata de tener sentido práctico. Te garantizo la libertad inmediata. Así no correrás riesgos. Te dejamos ir, y tú nos das ese dinero. Vamos, aprovecha la ocasión y di el escondrijo de las llaves...

—Una vez dicho, podríais matarme. Además, sería inútil

decíroslo.

—¿Inútil? ¿Por qué?

—Nunca lo encontraríais. Con la nieve caída, la arboleda y todo eso... Sólo quien sabe el lugar exacto puede encontrarlas. Por eso lo hice precisamente.

—Muy bien. Tú ganas. Después de todo, si vas a quedar libre, ¿por qué no ya? Vas a guiarnos a tus llaves. Luego, abrirás el coche y mostrarás el escondrijo exacto del dinero. ¿De acuerdo? Abrirás la caja, nos darás el dinero... y adiós. Serás dueño de irte. Lejos de todo teléfono y lugar habitado, claro. Pero libre.

—No me fío de vosotros —protestó Keegan.

—Tendrás que fiarte, Elije: eso, o la muerte inmediata —hurgó con su arma en la piel de Keegan—. Si no vamos a obtener tu dinero, al menos nos daremos la satisfacción de verte muerto, asegurado.

Keegan fingió meditar. Al fin, levantó la cabeza. Miró a Burt.

—Está bien —gruñó—. Me fiaré de vosotros por una vez. No tengo otro remedio. Espero no arrepentirme de ello.

—No te arrepentirás —rió Burt—. De ti nos interesa tu dinero, no tu pellejo, Keegan. Bien, vamos ya. Cuanto antes mejor.

—¿Quién va a ir con él? —indagó Vince, preocupado—. Hay que tener cuidado con él. Es un tipo duro de roer. Puede crear problemas en la nieve, a uno solo.

—Iremos dos —resolvió secamente Burt—. Esa gente, sin Keegan, se bastarán con dos de los nuestros durante media hora. Tú, Bill, te quedas con Jerry aquí. Vince y yo vamos con Keegan. ¿De acuerdo?

—Sí, conforme —aceptó Bill, siempre de buen conformar.

—De acuerdo —gruñó Jerry—. Pero no voléis luego con el tesoro.

—Idiota —masculló Burt—. Vamos unidos en todo, ¿no? Vince, vamos allá. Tú ve detrás de Keegan. Yo iré delante. No le pierdas de vista. —Descuida. No se me escabullirá —le tocó a Keegan en un hombro y le avisó—: Si tratas de evadirte antes de tiempo, te dejaré seco en la nieve, ¿entendido?

—Claro. No soy tan necio.

Cruzó una fugaz mirada con Susan. Ella, furtivamente, cruzó sus dedos, en solicitud de buena fortuna. Edward Wayne parecía muy

contrariado por la marcha de Keegan, tal vez porque pensaba que perdían así al aliado más fuerte que podían tener en tan grave situación.

—Adiós, amigo —le saludó Bob Wayne—. Y mucha suerte...

—Si es cierto que esa gente le deja libre, gracias por todo, Keegan. Y que todo le vaya bien —era la señora Wayne quién se expresaba emocionadamente así.

Mark hizo un gesto, despidiéndose de todos. Echó a andar hacia la salida. Delante, inició Burt la marcha. Detrás, Vince iba vigilándole, rifle en mano.

Salieron a la nieve. El frío seguía siendo intenso. Ya no nevaba apenas, pero el suelo era duro hielo resbaladizo, sumamente peligroso.

—En marcha —avisó Burt—. Y con cuidado.

Hicieron el recorrido hasta el automóvil medio hundido de Mark Keegan. Los dos jóvenes le miraron, expectantes, con evidente recelo, mientras Mark se detenía junto a unos árboles.

—Hemos llegado —avisó sordamente Vince—. ¿Y ahora, qué?

—Pronto, las llaves del coche y de la caja. ¿Dónde están? —apremió Burt.

—No tenéis que preocuparos. Es muy sencillo —sonrió Mark, hundiéndose hasta los tobillos en la nieve blanda de la cuneta, para fingir que buscaba las llaves bajo sus pies.

Hurgó en la nieve. Dos armas le vigilaban. Se echó a reír.

—¿Qué esperan que saque? ¿Un cañón? —se burló.

—Vamos, busca y no hagas chistes —gruñó Vince.

—No tengo que buscar más —suspiró Keegan, incorporándose—. Ya están aquí.

Y, en efecto, llevaba las llaves en su mano. Las agitó ostensiblemente, y tintinearón con un sonido que a Burt y a Vince debió parecerles de plata pura.

—Vamos, abre el coche —apremió el de la chaqueta de cuero negro—. Y luego, el escondrijo y la caja, de prisa.

Mark Keegan sabía lo que harían los dos jovenzuelos, si realmente hubiera en aquel coche lo que él decía. Apenas les mostrase la hipotética caja con el dinero dentro ellos le pegarían un tiro, dejándole tumbado en la nieve. Se leía en sus rostros. Se presentía en cada acción suya.

Ahora, más que nunca, fuera ya de la siniestra casa, estaba Mark totalmente seguro de que no se marcharía de allí sin provocar una masacre. Ninguno de los Wayne iba a ser dejado con vida posiblemente.

Abrió el coche. Ante él, a poca distancia de su mano, estaba la guantera, con su precioso contenido... Detrás, pegados a él, estaban los dos jóvenes, el barbudo y el adusto Burt. Sus armas le encañonaban aún.

—Bueno, ¿y la caja? —apremió Vince, impaciente.

—Ya está, no vayáis tan de prisa —sonrió Keegan con gran dominio de sí mismo, inclinándose hacia el tablier—. Basta apretar aquí un resorte, y aparecerá el compartimiento con la caja, justamente ahí detrás, en aquel asiento...

Señaló hacia atrás, justo cuando él parecía que iba a oprimir algo inexistente en el tablier. Instintivamente, ambos miraron también atrás, con la avidez de su propia codicia.

Era una fracción de segundo, pero podía bastar. Mark Keegan tenía una oportunidad. Una sola. Y era ésta.

Ahora... o nunca.

Había que hacerlo. Y lo hizo. No existía otra opción.

Justo cuando ellos giraban la cabeza, mirando hacia el asiento trasero, él abrió la guantera de golpe. Sus dedos se cerraron sobre la culata de la pistola automática. Al mismo tiempo, disimulando y para distraer la atención de ellos, insistió:

—¿No sale ya la caja?

—Yo no veo... —comenzó Vince.

—¡Cuidado! —aulló Burt—. ¡Lleva un arma, maldito!

Se revolvió Keegan en un momento. Su diestra esgrimía con fuerza el arma, negra y pavonada. Tenía ante sí a dos asesinos de la clase más peligrosa y más estúpida que podía existir. No podía vacilar. Y no vaciló.

Los disparos sonaron en la noche, ásperos y secos. Lladeó dos veces la automática. La mano de Keegan era una mano que no vacilaba. Su pulso era firme. El rostro tenía una dura, sombría expresión cuando apretó el gatillo despiadadamente.

Vince pegó un respingo, al sentirse golpeado por una bala en pleno corazón. Su rifle se disparó al aire, estruendosamente. Se tambaleó, con ojos vidriosos, abierta su boca en medio de la maraña

rojiza y sucia de su barba, mientras Burt, con otro balazo en el hígado, pegaba un salto de conejo, antes de soltar su revólver y caer de rodillas, tosiendo y escupiendo sangre.

—Sucio... traidor... —Silabeó. Giró la cabeza. Vince caía de bruces en la nieve, rebotando sordamente en ella y dejando salpicaduras de sangre en torno suyo—. Ibas armado... y sabes disparar...

—¿Si sé disparar? —Keegan sonrió tristemente, mirando al malherido muchacho, cuya chaqueta de cuero negro se tiñó de surcos rojos cuando trató de moverse, de aferrarse a un árbol, con dedos goteantes de sangre, que antes apretaban el orificio sobre su hígado—. No he hecho otra cosa en toda mi vida; Burt. Vosotros todos, sois pequeños con juguetes que no sabéis manejar, al lado mío. Lo que ocurre es que tenáis todas las ventajas de vuestro lado allá dentro. Pero aquí, en mi terreno, la cosa cambiaba. No tenía color, a pesar de vuestra evidente peligrosidad.

—¿Quién... quién eres, exactamente? ¿Un... un policía? —quiso saber Burt, con el rostro lívido y desencajado.

—¿Policía yo? —Keegan rió entre dientes, contemplando casi con lástima al joven que, apenas iniciada su vida, tenía que morir estúpidamente, víctima de la misma violencia que ellos desataban. Luego, negó con la cabeza—. No, Burt. Todo lo contrario, Soy un hombre de vida agitada y peligrosa. Mi oficio es el de... pistolero.

—¡Pistolero! —Se horrorizó Burt, mirándole—. Tú, el asegurador... Maldito embustero... ¡Un pistolero... de verdad!

—Sí, de verdad. Vosotros, no. Sois de juguete. Pero infinitamente más peligrosos que nosotros. Porque vosotros, no. Sois de juguete. Pero infinitamente más peligrosos que nosotros. Porque vosotros matáis por matar, por placer. Robáis y atropelláis como un modo de protestar contra no se qué... Mi infancia y mi vida fueron mucho más duras que la tuya, muchacho. Pero de chico sólo robaba para comer cuando no tenía. Cuando me hice pistolero, no me dediqué a matar a la gente, sino a vender mis servicios. Trabajé para gente importante, como protector, guardaespaldas o como quieras llamarlo. Jamás asesiné a nadie. Nunca disparé contra nadie que no fuese a disparar antes sobre mí. Y, sin embargo, mi vida no es buena ni limpia, y esta noche cruzaba Iowa para llegar a otro lugar e iniciar una nueva vida, quizá en Nebraska, quizá en

Minnesota, no lo sé aún. He roto con mi pasado. Con todo. De él sólo me quedaba... esta pistola por alquilar. Pensé que nunca más tendría que matar a nadie para defender mi vida o la de otro. Y ya ves: un puñado de mozalbetes... me devolvéis al mismo camino que seguí hasta hoy.

—Al menos... ha sido un... un pistolero de verdad... el que terminó conmigo... —dijo, en un último alarde de necia presunción—. Yo, Burt McCoy... valía más de lo que muchos creían...

A Keegan le daba lástima todo eso. Si al menos esas cosas murieran con Burt. Pero no. Había muchos como él en todos los lugares del mundo. Demasiados. Solían terminar también como él.

—Me voy, Burt —dijo Mark fríamente—. Lamento este final. Yo no lo elegí. Ahora tengo que liberar a los rehenes. Imagino que tus amigos no serán tan duros de pelear sin ti y sin Vince...

—No... se fie... demasiado... —La voz de Burt salía entre estertores—. Nunca se fie de nadie... ni de nada. En mi... bolsillo... de la cazadora de cuero... llevo algo. Tómelo. Puede que le interese. Es importante para alguien. Usted tal vez... tal vez aún llegue a tiempo. Yo ya no puedo... hacer lo que... tenía que hacer...

Cayó de bruces, brotándole sangre por la comisura del labio. Se quedó con el rostro hundido en la nieve. Burt McCoy había jugado por última vez con fuego. Y había terminado abrasándose en él.

Mark Keegan se apartó del cadáver. Se acercó al coche, accionó la batería y dio la luz. Echó una ojeada al papel de Burt. Leyó unas líneas, escritas con la burda caligrafía de quién se ha preocupado más de manejar un arma que una pluma.

Aun así, lo entendió.

Una sorda imprecación escapó de sus labios. Luego, echó a correr hacia la casa de los Wayne.

Dos cuerpos sin vida quedaban atrás. Dos muchachos habían muerto. Pero antes, ellos habían asesinado a otras personas por simple diversión o inconformismo.

Era una forma de justicia directa y brutal. Pero era justicia, a fin de cuentas. Aunque al propio Mark Keegan no le gustara.

CAPÍTULO VII

—¿Qué... qué ha sido eso?

Un silencio trémulo reinó en el amplio salón. Susan estrujó sus manos nerviosamente. Cindy palideció. Los Wayne se abrazaron el uno al otro.

—Disparos —dijo Bill sordamente.

—Infiernos, eso ya lo sé —rezongó Jerry, nervioso, cuando estaba ya hundiendo impunemente sus manos en la cintura de Cindy, estrujándola con rabioso deleite, en tanto el arma de Bill mantenía a raya a Bob Wayne y a su padre—. Disparos de revólver... y uno de rifle.

—Entonces, asunto terminado —rió Bill—. Se han cargado al tipo ése. Y traen el dinero para acá...

—Cobardes... Asesinos... —Silabeó Bob Wayne, frenético—. ¡Le prometisteis libertad!

—Lo siento —rió Jerry, volviendo a abusar de sus caricias sobre el cuerpo indefenso de la rubia muchacha, a la que atrajo contra sí brutalmente, intentando besuquear sus labios.

—¡Ya basta! —rugió airadamente el padre de la muchacha, dando un paso amenazador hacia Jerry—. ¡Suelta a mi hija, bastardo asqueroso!

—Eh, ¿se atreve a insultarme? —le desafió abruptamente Jerry, sin soltar a la muchacha—. Además de divertirme con su hija, delante de usted, voy a tener el placer de pegarle luego una buena paliza, viejo idiota. ¿Lo ha oído de una maldita vez? Déjeme disfrutar con la chica, imbécil. Es tan hermosa, tan delicada...

A medida que hablaba, la acariciaba. Bob, lívido de ira, intentó saltar sobre Jerry, para defender a su hermana del cobarde y ruin asedio. La criada negra lloraba otra vez, asustada.

—¡No, hijo, tú quieto! —rugió Edward Wayne, su padre, con ojos centelleantes, lívida su faz—. ¡Esta sucia rata, dejará de

manosear a mi hija o le...!

Alzó la mano para abofetear sin contemplaciones a Jerry.

Bill, indeciso, sin saber qué hacer, movió su mano, armada con el formidable pistolón calibre «45», y apretó el gatillo.

Edward Wayne lanzó un rugido sordo. Se detuvo en seco, como si le hubieran golpeado con un mazo. Con ojos desorbitados, miró a su pecho, repentinamente ensangrentado, con el tremendo orificio de una bala calibre «45» a bocajarro.

—No... Dios mío, no... No puede ser... —balbuceó, aterrado.

Se tambaleó, mientras con ambas manos pugnaba por frenar la hemorragia, y la sangre corría por entre sus dedos.

—Ase... sino... —jadeó, mirando a Bill, que temblaba asustado.

Luego, giró la cabeza patéticamente. Miró a su esposa. Stella Wayne, demudada, convulsa, corrió hacia él, trató de sujetarle. Edward vaciló, mientras sus hijos lloraban y hasta el propio Jerry, atemorizado, soltaba a Cindy y retrocedía ante la inesperada tragedia.

—Edward, cariño... —musitó su mujer.

—Stella... perdón... si no te amé... como... merecías... —susurró el hombre herido de muerte, empezando a desfallecer. Sus ojos se pusieron vidriosos, boqueó, asomando algo de sangre a sus labios. Aferró las manos de su mujer. Trató de musitar algo. Sólo una parte brotó de sus labios—. Stella... te... amo... No... me dejes...

Cayó pesadamente. Pero ella no le dejó. Sollozando, cayó de rodillas a su lado. Permaneció en esa postura, acariciando las manos ya inertes que retenía entre las suyas, como si quisiera ayudar al esposo a que cruzase la última frontera.

Unos ahogados sollozos de las dos hijas y del hijo varón, así como el llanto desbordado de la negra Dianna, acompañaron el momento final de Edward Wayne.

—¿Qué hiciste, Bill? —jadeó Jerry—. ¿Por qué disparaste?

—No sabía... qué hacer... —se excusó Bill, frotándose los labios nerviosamente—. No sabía, Jerry, tú lo entiendes, ¿verdad? Es... es la primera vez... que mato a alguien... Yo no soy... como Vince...

Y casi estaba a punto de llorar. De pronto, Jerry le hizo un vivo gesto, y empuñó él mismo su arma.

—Calla —ordenó roncamente.

Bill le miró asustado.

—¿Qué ocurre ahora? —demandó.

—No lo sé. Pero Burt quedó en silbar cuando se aproximara. Tres veces. Se oyen pisadas en la nieve, pero no ha silbado nadie...

—¡Cielos!; ¿qué puede pasar?

—No lo sé —señaló a los rehenes, ya endurecido de nuevo su gesto—. Vigila a esos plañideros. Y vigílalos bien. Si tienes que volver a disparar, hazlo. Ya mataste una vez. Te costará menos hacerlo la segunda.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Averiguar lo que sucede. No creo que dos tipos como Burt y Vince se hayan dejado sorprender por un vulgar agente de seguros, ¡maldita sea...! Pero esto no me gusta.

Salió del *living*. Cerró una puerta. Todos pudieron oír que abría los postigos de una ventana. Luego, los cerró de golpe.

R egresó al poco, demudado.

—Es algo muy raro, Bill —silabeó—. Hay huellas de alguien frente a la casa. Pero así como se ven tres hileras de huellas que se van... sólo hay una que vuelve.

—Eso significa que sólo ha regresado uno...

—Claro, idiota. Y no ha habido llamada, el silbido de aviso... No sé si Vince lo sabía, pero no es posible que ese tipo haya liquidado a Burt, y Vince le haya tenido que liquidar luego a él...

—Más difícil será que... el tipo ese de los seguros... liquidase a los dos, ¿no?

—Supongo que sí, maldita sea —rezongó Jerry, muy inquieto. Miró en derredor—. No se oye nada. Ni llama nadie a la puerta...

—Tal vez entre por atrás, como hizo la primera vez, si es que es él...

—También el comisario entró por la puerta trasera. Veré ese lado, sí. Recuerda, no dejes de vigilar muy atento. Esto se pone feo.

Con el arma a punto para ser disparada, Jerry se encaminó a la parte posterior del edificio, para investigar la inquietante situación que de repente se cernía sobre ellos.

Avanzó paso a paso, llegó al oscuro corredor que iba a terminar en la puerta posterior, con el cristal, roto. Escudriñó todo con atención, sin descubrir nada sospechoso. Avanzó, sin embargo, hasta comprobar que la puerta estaba como a habían dejado ellos

después de matar al comisario y meter su cadáver en la despensa. La puerta estaba cerrada. No se veía a nadie en la cocina.

Y en la despensa, sólo el bulto del cuerpo del comisario Marston, tal y como lo depositaran allí, entre él y Burt, después de clavarle Vince su navaja mortalmente.

Se estremeció Jerry. Una cosa era insultar mujeres indefensas. Otra muy distinta, vérselas con lo desconocido, intuir que algo ha cambiado y ahora el peligro le acecha a uno por todas partes. Además, la presencia del cadáver le producía una rara impresión que no sabía describir.

Se dispuso a pasar de largo ante la despensa... cuando notó el movimiento.

Se le erizaron los cabellos. ¡El cuerpo de Marston, el comisario asesinado aquella misma noche, se había movido!

Estaba seguro de ello. Pero se dijo que tal vez había sido una simple impresión, un efecto de sus ojos cansados, faltos de sueño, de su tensión nerviosa a lo largo de aquella interminable noche. Y, sobre todo, a la inquietud de ahora, sin saber qué sucedía allá fuera, qué había sido de Burt, de Vince...

Sin moverse del corredor, volvió a mirar el cadáver arrinconado contra la alacena. Estaba muerto y bien muerto, ya lo habían comprobado. No podía moverse. Iba a continuar camino, de regreso al fondo de la casa, cuando ya no fue solamente un movimiento, sino un crujido. El roce de unos pies al arrastrarse sobre el suelo...

Lleno de pánico, observó el cuerpo. No había duda. Ahora, sí era cierto. Ahora se movía.

Se movía.

Estaba incorporándose, levantándose poco a poco...

Exhaló un grito de terror, dominó el temblor de sus rodillas, y comenzó a apretar rabiosamente el gatillo, disparando sobre aquel bulto.

Una bala, otra, otra, se hundían entre llamaradas y detonaciones, en el cadáver uniformado con el chaquetón de piel y la placa de comisario, pero eso no impedía que el muerto siguiera moviéndose, estirándose, incorporándose lenta e inexorablemente...

—¡Noooo! —chilló, angustiado, echando a correr hacia la casa, hacia la luz, humeante su pistola—. ¡No puede ser...!

—Espera, Jerry —sonó una voz profunda—, espera. Tienes que

pagar tus crímenes. Tienes que pagar por esas mujeres a las que ultrajaste cobardemente...

Se revolvió, al reconocer aquella voz. No era la del comisario Marston, no. ¡Era la voz de Mark Keegan!

—¡Keegan! —rugió, mirando colérico hacia la despensa—. ¡Maldito bastardo, te he reconocido! ¡Voy a convertirme en una criba, hijo de perra! ¿Qué ha sido de Burt, de Vince...?

—Los dos se fueron ya. Para siempre —sonó la voz, inflexible.

Luego, cayó a un lado el cadáver de Marston, que había servido de parapeto y coraza al adversario de Jerry. Éste se encontró por un momento, cara a cara con Mark Keegan.

—¡Te enviaré al infierno, bastardo! —aulló.

Se dispuso a disparar de nuevo, esta vez no sobre un cadáver, sino sobre el propio Keegan. A éste, le bastó subir ligeramente su brazo y disparar sin apuntar siquiera. No lo necesitaba.

Un martillazo se estrelló sobre el pecho de Jerry. Reculó, tambaleante, sin saber lo que le sucedía. De sus manos escapó el arma, sin haber llegado a dispararla.

Supo que estaba muriéndose. La figura borrosa de Keegan se hizo aún más turbia. Descubrió en la penumbra un rostro duro, frío e inexorable, unos ojos helados que le contemplaban con fijeza.

—Merecías un final así, Jerry —silabeó Keegan—. Ni siquiera eres valeroso como tu amigo Burt. Eres un cobarde, una rata. Sólo sabías abusar de las mujeres que no podían defenderse. En nombre de ellas, hice ese disparo, Jerry... Adiós.

Cayó de rodillas, vomitó sangre, notó que todo se volvía más y más oscuro en derredor. De forma borrosa, supo que esto era la muerte. Y que aquel maldito hombre no era lo que había dicho. Sus ojos tenían el frío de la tumba, su gesto la dureza del granito. Era rostro de hombre habituado a luchar, a usar un arma, a matar o a correr el riesgo de morir.

Jerry se fue de bruces al suelo. No se movió ya.

Keegan salió lentamente de la despensa. Miró el cuerpo sin vida, y siguió adelante, para terminar su tarea aquella noche.

La preocupación de Bill era ya terror. Miró angustiado hacia la puerta que conducía al vestíbulo. De allí, a la puerta del corredor de la parte trasera, no había más de diez pasos.

Los disparos habían retumbado en toda la casa. Primero, fueron

varios seguidos. Luego, uno solo. Gritos. Y silencio. Un silencio absoluto, mortal. Un silencio que no presagiaba nada bueno.

Bill se incorporó. Bajo su pelado cráneo, el rostro brillaba de sudor. Miraba en todas direcciones, aterrado, sin dejar de encañonar a sus rehenes.

—Jerry... —llamó—. ¡Jerry! ¡Responde! ¿Dónde estás? ¿Y vosotros? ¡Burt, Vince...!

Solamente el silencio le respondió. El sudor corría ya a goterones, hasta colgar de las guías caídas de sus lacios bigotes. Le temblaba la mano armada.

—¡Jerry! —chilló, exasperado—. ¡Tienes que oírme! ¡Contesta, por el amor de Dios!

La puerta de atrás sonó. Alguien había pasado al vestíbulo, procedente del lado trasero del edificio. Aliviado, Bill pensó que Jerry volvía, tras haber eliminado al agente de seguros.

—Jerry, ¿eres tú? —preguntó—. ¿Estás de vuelta ya?

Silencio. Sólo el roce de unas pisadas en el vestíbulo.

—¿Quién está ahí? —aulló Bill, exasperado, dilatando mucho sus ojos, fijos en el vestíbulo—. ¡Responda quien sea!

No respondieron. Bill perdió el control de sí mismo. Giró el arma. Comenzó a disparar rabiosamente con la voluminosa pistola calibre «45». Las balas maullaron, rompiendo espejos y astillando muebles. Las detonaciones ensordecieron a los Wayne y a la negra Dianna.

Nadie asomó, los pasos siguieron sonando. Bill, presa de un ataque de histeria, arrojó el arma al suelo, alzó sus brazos en vilo y chilló, frenético:

—¡Me rindo, me rindo! ¡No disparen! ¡Me rindo! ¡He tirado mi arma!

Los Wayne contemplaban incrédulos la escena de su liberación. Bob se aproximó, recogiendo en silencio el arma con que habían matado a su padre. La contempló, con patética amargura.

Por la puerta del vestíbulo, lentamente, asomó una figura lenta, tranquila, serena. Un hombre a quien todos conocían bien. Pero cuya expresión había cambiado notablemente desde que se ausentara de allí.

—Mark... —susurró Susan, yendo hacia él—. Resultó bien...

—Sí, Susan —afirmó él—. Tenía que resultar, en cuanto yo

tuviera mi pistola en la mano. Ellos sólo tenían la superioridad de sus armas, de su número. Y nada más.

—¿Y... y los demás? Esos otros... Burt, Vince... el propio Jerry...

—Muertos. Todos muertos... —Mark clavó sus ojos en el cuerpo inmóvil de Edward Wayne, en la figura arrodillada de su esposa, llorando su muerte—. ¿Quién lo hizo?

—Bill... —señaló al amedrentado, tembloroso jovenzuelo—. Se asustó... Jerry quería forzar a Cindy, papá trató de evitarlo, y Bill... se puso nervioso. Disparó...

—Ya veo. —Mark meneó la cabeza. Miró a Bill, que sollozaba contra el muro, totalmente roto—. Es lo malo de jugar con los que enseñan a matar. Se termina aprendiendo, Bill. Ahora no te juzgarán ya por asalto a mano armada... sino por homicidio...

Los sollozos crecieron en intensidad. Susan miraba con extrañeza el rostro de Mark Keegan.

—Me pregunto, Mark, si eres el mismo hombre que se marchó de aquí antes...

—Sabía que lo preguntarías —asintió Mark, clavando en ella sus ojos—. Es lo malo de este trabajo mío. Uno quiere abandonarlo a veces... y el destino le obliga a seguir.

—No eres agente de seguros, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Y sabes manejar una pistola...

—Sí. Lo sé.

—No quiero saber más, Mark. No tengo derecho a ello tampoco. Has hecho mucho por nosotros. Nos has ayudado, has salvado a Cindy, tal vez a mí, a mi madre, a todos... Hasta mi padre tuvo que morir... cuando tú no estabas. Gracias, Mark.

—Era una cuestión de fraternidad humana, Susan. No podíamos estar seguros de que al final nos dejaran con vida. La tensión de esta larga noche iba minando su ya débil fortaleza y les hacía más y más peligrosos.

—No para ti, Mark. Pudiste con ellos.

—Digamos que tuve una oportunidad y pude aprovecharla, eso es todo.

—Y ahora... ¿qué vas a hacer?

—Lo primero de todo, buscar un teléfono, avisar al *sheriff*... Son

tres asesinatos en una noche. Luego... seguir viaje cuando llegue el día, imagino.

—¿Es cierto que eres solo, que no tienes familia?

—Muy cierto, Susan. En este trabajo, no se puede tener a nadie.

—¿Vas a continuar en él?

—Eso me dije cuando dejé Chicago. Ni siquiera quería traer la pistola conmigo. Fue una idea de última hora.

—Resultó una magnífica idea, Mark.

—Esta vez, sí. En el futuro, puede que no lo sea tanto, Susan.

—Entonces... abandona ahora. Cambia de vida.

—Es lo que quiero hacer. Sólo que no me dejan.

—Mark, inténtalo de nuevo. Tal vez un día resulte.

—Sí, tal vez... —Se encogió de hombros—. Lo intentaré, Susan. No sé dónde, pero lo intentaré. Lo que ocurre es que cuando uno tiene a su lado a alguien por quién luchar con más fuerzas, todo resulta más fácil.

—¿Y tú no lo tienes?

—No. Ya te dije que soy solo.

—Eres un hombre joven, atractivo, seguro de ti mismo... Te sobrarán chicas que quieran compartir tu nueva vida, estoy segura.

—Sí, es posible. Sólo que yo...

—¿Tú... qué? —Los grandes ojos de Susan se clavaban en él.

—No, nada. No importa. No vale la pena lo que te iba a decir.

Y se apartó de ella, dejando ensombrecido y defraudado el gesto en la bonita cara de Susan Wayne.

CAPÍTULO VIII

El *sheriff* Henry Duncan se quitó su sombrero, respetuosamente, cuando bajo la luz grisácea del día nublado, pero sin nieve y sin tanto frío como el día anterior, las ambulancias partieron de la finca de los Wayne, llevándose consigo los seis cadáveres, recuerdo trágico de una larga y oscura noche de terror.

Tres muchachos menores de edad, un comisario de policía, un criado manco y el dueño de la casa del llano, partían hacia el depósito. Una larga serie de cadáveres.

Suspiró el hombre de la ley, volviendo a cubrirse y mirando pensativo a Mark Keegan.

—Creo que todos tenemos que estarle agradecidos —comentó— de no ser por usted, todos esos cadáveres hubieran sido miembros de la familia Wayne. Esos chicos eran peligrosos. Estaban reclamados ya de varios estados. Fugados de sus casas, ladrones de coches, de tiendas... Asesinos y violadores. Un puñado de hermosos ejemplares de nuestro tiempo.

—Sí, desgraciadamente, así es, *sheriff* Esperemos que sea un mal pasajero y llegue el día en que los hombres jóvenes, los adolescentes, casi los niños, piensen más en trabajar, en ser personas honestas y en vivir decentemente el resto de su existencia. Pero será difícil conseguirlo.

—No lo dudo. —Duncan le miró, intrigado—. ¿Sabe una cosa, Keegan?

—¿Qué?

—Cuando hallé su coche, abandonado en la nieve, pedí informes sobre Mark Keegan a Chicago.

—¿Y se los dieron? —sonrió el joven.

—Sí, me los dieron. Por eso no le he preguntado nada...

—Ya. ¿Podré irme, seguir mi camino?

—¿Por qué no? —Duncan se encogió de hombros—. Aquí sólo

ha hecho cosas buenas, aunque a su modo. Quizá lo cierto es que no había otro. Claro que puede seguir. ¿De verdad va a Sioux City?

—De momento, sí. Tengo allí a un viejo amigo a quien quiero ver. Está enfermo y quizá no dure ya mucho. Luego... no sé aún lo que haré.

—Yo le daría un consejo, si usted lo escuchara, Keegan.

—Yo siempre escucho los buenos consejos —sonrió Mark.

—Es una buena costumbre. Yo que usted, buscaría una ciudad donde adquirir alguna tierra con los ahorros que haya reunido usted en su vida.

—¿Y luego?

—Me buscaría una esposa que me quisiera. Y estoy seguro de que todo saldría bien.

—Es lo que yo digo. Siempre hace falta alguien al lado, por quién luchar y conseguir uno lo que se propone. Si no, la lucha es mucho más ardua. Y a veces se pierden las ganas de luchar.

—Exacto, Keegan. ¿Ha elegido ya su chica?

—No, aún no —rió él—. Acabo de dejarlo todo. Es pronto.

—Bueno, ya se apresurará ella a buscarle a usted. Siempre surge una chica que se enamora de uno... y todo termina bien.

—Como en las películas, ¿eh, *sheriff*?

—Algo así —miró Duncan hacia la puerta de la casa, donde aparecían ahora los tres hijos de los Wayne: Bob, Cindy y Susan. Todos vestidos de luto, disponiéndose a ir al pueblo para los funerales. La señora Wayne aún no salía. El *sheriff* dio un codazo a Keegan—. Ahí tiene. Unas chicas encantadoras. Las dos. ¿No le gusta ninguna, después de haber pasado la noche juntos, en tan terrible peripecia?

—Sí —confesó Keegan—. Una.

—Ya —sonrió Duncan—. Me lo imaginaba. ¿No ha intentado...?

—No. Ella no está ahora para escuchar cosas así. Su padre acaba de morir. Tal vez más adelante, un día vuelva por aquí... y habla con ella.

—Hágame caso, Keegan. Uno nunca vuelve luego. Si piensa hacerlo, hágalo ahora.

—¿Ahora? No es el momento. Ha perdido a un ser querido...

—Por eso es el momento preciso. Ha perdido a uno... y puede ganar a otro.

Dudó Keegan. Finalmente, negó con la cabeza. Agitó su mano, saludando a los Wayne. Y se dispuso a partir.

—¡Mark! ¡Mark, espera!

Se paró. Sintió un escalofrío. El *sheriff* sonrió, mirándole. La muchacha venía a la carrera hacia él. Mark vaciló.

—Por si acaso, *sheriff*... tome esto —le entregó algo al representante de la ley, un papel doblado.

—¿Qué es esto? —quiso saber Duncan, recorriéndolo sorprendido.

—Que nadie se lo vea. Absolutamente nadie. Es algo que escribió Burt, uno de esos muchachos, el jefe del grupo. Léalo cuando esté a solas. Luego... destrúyalo. Que nadie sepa jamás lo que dice ahí. Creo que es lo mejor...

El *sheriff*, perplejo, guardó el papel. Susan había llegado hasta Mark. Le tomó por un brazo. Le aferró, con expresión vivaz, con ojos brillantes.

Mark, antes de que te vayas... quiero hablar contigo.

—¿Conmigo, Susan? —murmuró él, indeciso—. ¿De qué?

—De algo de lo que tú no pareces capaz de hablar. Las mujeres siempre entendemos bien esas cosas. Ven, por favor. Luego, podrás seguir viaje...

Se apartaron de Duncan. El *sheriff* sonrió, viéndoles alejarse. Meneó la cabeza, significativo.

—Ése ya no se va... solo —dijo para sí—. Lo que yo decía antes. Las mujeres son mucho más decididas. Más, incluso, que ciertos hombres de Chicago...

Ellos seguían hablando. Keegan asentía a todo. Ella hablaba animadamente, sus mejillas se coloreaban, sus ojos brillaban aún más. Y cada vez estaban más cerca el uno del otro.

El *sheriff* juzgó que ya no hacía nada allí. Se encaminó hacia su «Land Rover», para ir tras la comitiva fúnebre, hacia la población cercana. Antes, sacó el papel del bolsillo, el que Mark Keegan le había entregado. Lo desdobló.

Sus ojos se fijaron en la letra, tosca y con faltas de ortografía. Pero con un texto muy claro y revelador.

«Contrato con Edward Wayne. Los demás no deben saberlo. Fingiremos un asalto vulgar, para robarles dinero.

Durante la velada, con cualquier pretexto, mataré a la señora Wayne.

»Se ve que el viejo Wayne no tiene un dólar suyo, salvo unos pocos dólares en su Banco, que es lo que me paga por el trabajo.

»Luego, ya viudo, heredará todo lo de su rica esposa, Stella Wayne.

»Estrictamente confidencial. Nadie debe saberlo. Todo parecerá casual, un simple accidente trágico. Debo recordar eso, sobre todo: ninguno de mis compañeros debe saber que todo está planeado por el propio señor Wayne».

El *sheriff* Duncan resopló. Hizo un montón de trocitos pequeños con aquel texto alucinante.

Luego, los dispersó por la nieve. Encajó las mandíbulas. Miró tristemente la casa de los Wayne.

—Las cosas le salieron al revés al marido ambicioso... —murmuró—. Ya decía yo que esa escondida amistad suya con la señorita Prentiss... ¡Qué cosas, Dios mío!

Puso en marcha el «Land Rover», y se alejó por la nieve.

Susan Wayne, entretanto, estaba sentándose al lado de Mark Keegan en el coche de éste. Era una Chica capaz de salir ahora mismo de viaje con él, aunque primero se detuvieran al funeral de su padre. Sí. Muy capaz, pensó el representante de la ley, Harry Duncan.

FIN

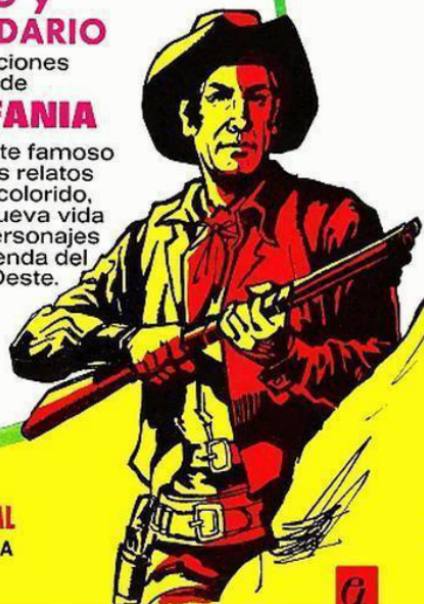
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

